

# JUGANDO CON EL Destino



*Sarah  
Russell*

# JUGANDO CON EL Destino

*Sarah  
Russell*

Título: Jugando con el destino.

Sarah Rusell

©Todos los derechos reservados

1ªEdición: Novim, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)



# Capítulo 1

—Estás como una cabra.

Miré a mi amiga y le susurré eso sabiendo que los de seguridad seguramente no me entenderían.

Estábamos en el aeropuerto internacional John F. Kennedy, en una sala de ¿interrogatorios? O algo así. Habíamos llegado hacía como media hora a la ciudad de Nueva York, con toda nuestra documentación en regla, sin nada extraño en el equipaje que pudiera dar lugar a que los de seguridad nos pararan, pero como teníamos la suerte de negro, nos tocó. Así que ahí nos tenían a las dos, con las maletas abiertas de par en par sobre unas mesas metálicas, dos policías o algo así, porque yo no sabía exactamente qué eran, de pie tras las mesas, con nuestra ropa interior, entre otras cosas, desperdigadas por ahí y mirándonos con cara de mala leche.

—Why do you come to the United States?

—¿Qué ha dicho? —resoplé y miré a Silvia. En ese momento no estaba para aguantarla, todo eso era culpa suya.

—Que para qué venimos a los Estados Unidos —le aclaré de todas formas.

—Ah... —dijo ella, afirmando con la cabeza cuando se lo traduje al español— Pues verá —se dirigió al policía, como si este la fuera a entender... —Ella —me señaló— y yo —se señaló a ella misma— volar —hizo un gesto con la mano para explicar eso—, vacaciones —soltó un grito así como “Uh” en plan borracha— y pa’ casa de nuevo —no sé ni qué hizo con las manos para explicar eso.

Puse los ojos en blanco, era para matarla.

—Vamos a ver —la miré—, ¿no será más fácil que yo, que hablo en inglés, me comunique con ellos?

—Pues sí —frunció el ceño—, explícales eso.

Me comí las ganas de estamparle el puño en la cara, tan de mala hostia que me tenía. Miré a los dos gorilas que tenía delante que permanecían impertérritos y les expliqué.

—We come on vacation. Like you can see, we will stay here fifhteen days and then we will return to Spain. The documentation is in order and I don't know why you keep us here.

—¿Qué demonios les has dicho? —me preguntó Silvia, sin siquiera hacerlo susurrando.

—Lo que tú les has explicado... —o lo que ella al menos intentaba hacerles entender, que estábamos por vacaciones, que volveríamos a España en quince días y añadiendo de mi cosecha lo que en mi mente se traducía como: Joder, ¿es que no lo ven en la documentación? Está todo en regla, ¡déjenos irnos de una puñetera vez! Solo que más a mi manera...

—Ah... Joder, pues sí que usan palabras para decir cualquier cosa. Así normal que los españoles no aprendamos bien el inglés, si es que se complican mucho.

La iba a matar, de esa no salía y yo no me quedaría en esa sala, a mí me meterían en una de esas cárceles americanas horribles donde dos mujeres negras me cogerían manía y me matarían de una paliza. Iría presa por homicidio, además premeditado, eso diría cualquier forense especialista en psiquiatría que me revisara cuando el titular “Española loca asesina a la amiga con la que viajaba, supuestamente para pasar unas vacaciones en nuestra ciudad, sin sentido ninguno” llenara los informativos.

Claro que ellos no sabían que yo sí tenía más de un motivo.

Motivo 1: Estábamos en Nueva York.

Motivo 2: Estábamos en Nueva York por culpa de ella.

Motivo 3: Ella. Simple y llanamente ella.

Silvia era mi mejor amiga desde la infancia. Nos habíamos criado en un pueblecito perdido de la mano de Dios en la Mancha... Vale, la verdad era que nos criamos en un pueblo normal de la provincia de Madrid, pero a lo mejor así se entendía más que a veces las cosas de las grandes ciudades nos vinieran grandes.

Desde pequeñas siempre estuvimos unidas. Nuestras madres eran algo así como primas lejanas, lo normal en un pueblo, no sé cómo pero todo el mundo terminaba, al final, siendo primo de tercera o quinta de cualquiera que se encontrara por la calle.

Además, vivíamos en la misma calle y estábamos todo el día juntas.

Cuando llegó el momento de ir a la universidad, las dos nos desplazamos a la capital. Teníamos experiencia en servir copas, así que no nos costó mucho encontrar lugares en los que trabajar para nuestros caprichos, porque siendo ambas hijas únicas, nuestros padres nos mandaban el dinero que necesitábamos. Pero en eso sí éramos las dos iguales, nos gustaba ser económicamente independientes. Al menos para nuestros caprichos.

Nos alquilamos un mini piso, porque no sabía cómo podía llamar al lugar en el que vivimos por primera vez solas, ahí te sentabas en el sofá y si alargabas el brazo te ponías a cocinar directamente. Pero mereció la pena todo, era una época que siempre recordaría.

Ahora, años después y las dos con treinta y un años, volvíamos a convertirnos en adolescentes haciendo una de las locuras de Silvia.

—Elena...

Miré a mi amiga y le pregunté ¿Qué? Silenciosamente, con la mirada.

—¿De qué hablan?

Llevaba un rato hablando con ellos, respondiendo a las decenas de preguntas, la mayoría repetidas pero de otra forma que nos hacían. O me hacían, porque a ella ya ni la miraban.

—Vuelven a preguntar qué hacemos aquí, en qué lugar nos quedaremos, etc —le expliqué.

—¿Por qué tienen que saber tanto?

—No tienen por qué, pero suele pasar. Es una forma de control y nos tocó.

—¿Y qué esperan? ¿Que seamos dos locas que vienen a cometer una masacre?

Cuando dijo lo de loca la miré enarcando las cejas. Porque por su maldita culpa nos estaba pasando eso.

—Yo no hice nada —se puso a la defensiva leyendo bien mi mirada.

No, claro que no, pensé... Solo se había puesto a gritar una vez llegamos y a hacer unos movimientos que normales no eran. Pues sí, nos habían tomado por locas, literalmente.

—And why on vacation in New York? —preguntó uno de ellos.

Fui a resoplar, pero no lo hice. ¿Ahora me iba a preguntar que por qué había elegido Nueva York para las vacaciones? Pues mire usted, porque me dio la gana.

—Why not? New York in one fo the most important tourist places, anyone would want to come here.

El policía me miró como esperando algo más, pero es que yo no podía decirle nada más que porque sí, que para eso era un destino turístico importante. Porque qué iba a decirle, ¿la verdad? No, eso ni aunque me torturaran lo haría, porque entonces sí que íbamos directas a chirona pero con camisa de fuerza.

—¿Qué ha dicho?

—Joder, Silvia. No puedo estar traduciendo todo, confía en mí.

—Vale... pero es que me quiero enterar...

—Pues haber estudiado inglés que años tuviste.

—Sabes que se me da mal —me miró con ganas de querer matarme. No, mal no era la palabra, se le daba horriblemente mal, pero bueno...

Nos tuvieron ahí un rato más, poniéndonos nerviosas al estar solo mirándonos. Yo ya no sabía cómo poner las piernas, si moverlas o dejarlas quietas, si cruzar mis manos y ponerme a hacer círculos invisibles con mis dedos como si fuera una abuela o chillar para liberar toda la tensión que llevaba dentro.

—¿Crees que nos dejarán mucho aquí? —preguntó mi amiga, ella no era mucho de mantener la boca cerrada.

—Espero que no, no tienen motivos.

—Pues si le hacen esto a cada turista que entra...

—No, solo a las españolas locas —dije con ironía.

—¿Locas? Un poco de vida es lo que les hace falta a estos sosos.

—Y España es lo que nos hace falta a nosotras, porque a ver qué demonios hacemos aquí.

—Pues...

—No, no lo digas, ya lo sé. El viaje que cambiará nuestra vida. Hay que joderse...

—Lo dijo la gitana.

—Calla...

—Pero si no me entienden. Además, siempre tuve ganas de venir aquí, conocer la Gran Manzana, la Estatua de la Libertad, el Golden Gate...

—Eso está en San Francisco —suspiré.

—Bueno, pues seguro que nos podemos pasar.

—Sí, claro, un paseíto en coche de nada.

—Deja de quejarte, estás en una de las ciudades más visitadas del mundo, ¿por qué no te alegras?

Estuve por decirle que quizás porque a mí esa ciudad tampoco es que me hiciera especial ilusión conocerla, yo no era de lugares tan magníficos, por decirlo de alguna forma... Eso y que pasar tantas horas en un avión no era plato de buen gusto. Sí, Nueva York era uno de los lugares que quería visitar antes de morir, pero entraba en la lista de los “Deseados, pero que no pasa nada de nada si nunca pongo un pie allí”. Y ahí estaba...

—La gitana dijo que todo iría bien.

—Silvia, como vuelvas a nombrar a la puñetera gitana, les quito la porra y te la meto por el culo y no precisamente para que te dé gustito —dije amenazándola—. Que todo esto es por ¡la puñetera gitana! —grité, perdiendo el control. Miré a los polis y vi cómo me miraban con las cejas enarcadas—. I am sorry... —me disculpé contrita.

—It’s OK... —dijo finalmente uno de ellos— You can pick up their luggage and leave...

—¿Qué ha dicho?

—Oh my God —suspiré en inglés, para no matarla —Que levantes el jodido culo de la silla, recojas y te vayas echando leches de aquí que no quieren volver a verte en su vida —está claro que eso último es de mi cosecha también, pero en fin...

—Thank you so much —les agradecí mientras metía, como podía, la ropa de nuevo en la maleta.

—And ladies...

Me giré antes de que saliéramos por la puerta cuando uno de ellos habló.

—Yes...? —sonreí como pude, imaginando que ese era el momento en las películas en que el policía malo preguntaba cualquier cosa que hacía entender al pobre inocente que todo era una broma, que no saldría de ahí, que

ya se había inventado algo para meterlo entre rejas y que los demás reclusos que le tocaran como compañeros en ese módulo de la prisión se lo iban a comer con papas después de hartarlo de hostias... Es decir, que de esa no salíamos, ¿no?

—Nueva York y los Estados Unidos le dan su más sincera bienvenida al país y espero que disfruten de una estancia agradable en esta gran ciudad y con su amigable gente. De nuevo, bienvenidas.

Abrí la boca de par en par, no me lo podía creer. ¿Me había hablado en español? Él sonrió con sorna y con algo parecido a una disculpa en la cara y a mí se me iba a desencajar la mandíbula.

Y joder, ¿cómo no me di cuenta antes? Si ese tenía más pinta de latino que el mismísimo Chayanne.

—Gracias, agente... —fue lo que pude decir antes de abrir la puerta y salir de allí para no asesinarlo.

—¿¡Será cabrón!?! —preguntó mi amiga mientras andábamos por el pasillo— Nos ha entendido todo el tiempo ¡y nos ha dejado hacer el ridículo!

—Ya... no me caliente más.

—Como si fuera mi culpa —la miré muy malamente—. No es mi culpa, las dos estamos aquí.

Pero yo no por voluntad propia. Yo estaba allí porque... porque... Bueno, porque no me había quedado de otra en verdad, no iba a dejarla hacer esa locura sola. Porque si llega a estar ella sola en esa sala de interrogaciones, seguro que sale con el traje penitenciario puesto y las cadenas con la bola arrastrando mientras camina a la cadena perpetua.

Y no, no era exagerada, es que estaba en que me iba a dar algo de los nervios.

Estaba en Nueva York, con mi mejor amiga para encontrar el amor. Esa era la verdad de toda esa locura.

La que habíamos liado una vez dejamos el aeropuerto era para una novela. Entre la larga cola para el taxi y que nos lo robaron varias veces. Pero bueno, ¿la gente tenía que colarse de esa manera? Entre que el taxista nos vio la cara de turistas gilipollas y nos dio un paseo por toda la ciudad que nos dejó medio arruinadas y que el hotel que supuestamente tenía tres estrellas no era más que un edificio medio en ruinas, con un cartel fluorescente típico de las casas de citas... Eso por no contar que tampoco es que estuviera en la Quinta Avenida.

Dejamos las cosas en aquel lugar tras ventilarlo un poco, algo que empeoró la cosa cuando todo el lugar comenzó a oler a perrito caliente del puesto de abajo y salimos de allí para buscar algo más decente que comer que estábamos hartas de bocadillos ya.

Caminamos por el barrio de la mano, asustadas por la cantidad de gente que había. Aunque Madrid era grande, eso ya era inmenso. Y no es que nos asustara nada, pero el cansancio ya nos iba a hacer hasta sentir delirio de persecución.

Necesitábamos comer, ducharnos, relajarnos y descansar para poder despertarnos al día siguiente y comenzar a vivir la ciudad.

Acabamos, al final, entrando en un restaurante chino de mala muerte pero me daba lo mismo, a mí que me dieran de comer ya que quería coger la cama.

Pedimos la comida, menos mal que Silvia se comportó y no la lio mucho a la hora de elegir y poco después ya teníamos todo sobre la mesa. La rapidez del servicio en esos restaurantes era algo internacional al parecer.

—Estoy agotada... —suspiré.

—Y yo, pero no tengo sueño.

—Ni yo... El jet lag nos va a fastidiar.

—Espero que no, porque estar despierta por la noche en esa habitación...

Como que no.

—No me puedo creer lo mierda que es el hotel —reí por primera vez en muchas horas.

—¿Hotel? Si aún fuera un hotel... pero bueno, todo sea por encontrar el amor.

—Silvia... Estamos aquí ya, disfrutemos de esto, pero olvidemos esa gilipollez.

—No es ninguna gilipollez, nos lo dijo la gitana.

—Seguro que la gitana se llevó una comisión de la compañía de vuelos —bromeé, ya con el estómago llenándose, mi humor iba mejorando.

—No, Elena, yo la creo. Tengo como un pálpito, no sé...

—¿Pero qué vamos a encontrar en este lugar? —pregunté refiriéndome al barrio en general —¿Un yonqui?

—No vamos a estar aquí en todo el día, solo para dormir. Así que mira si tienes opciones de encontrar el amor.

—Venir a Nueva York para encontrar el amor... Es que no sé por qué te hago caso.

—Yo tampoco —dijo ella, reconociendo que muy bien de la cabeza no estaba—. Pero no me estás haciendo a mí, se lo estás haciendo a la gitana.

—Lo cual me sirve de ayuda, sí —la ironía teñía cada palabra que salía de mis labios.

—Lo encontraremos —aseguró ella con la frase que usaba ya casi como un mantra. Desde luego que si creía en la atracción de las cosas, a ella le darían en la vida todo solo por pesada.

Suspiré, dudaba eso pero ya estábamos ahí, así que disfrutaría de una ciudad que seguramente no volvería a visitar nunca más. Comimos charlando, volvimos a la habitación y tras una ducha con las chancletas puestas porque no pensaba pisar ese plato de ducha con mis pies, caímos en la cama con todo el cuerpo dolorido. Teníamos que descansar aunque no durmiéramos porque al

día siguiente nos esperaba la majestuosa ciudad de Nueva York.

—Y el amor... —suspiró Silvia como si me hubiera escuchado la última frase dicha en mi mente.

—Y el amor —dije escéptica pero deseando que eso se convirtiera también en realidad.



## Capítulo 2

Empire State Building... El primer ligar importante que íbamos a ver ese día. Se divisaba ante nosotras en todo su esplendor y dejaría a cualquiera con la boca abierta al ver cómo imponía. De camino allí, habíamos cogido varios medios de transportes y ese día nos quedaríamos por esa zona para conocer esa parte de la ciudad bien. O todo lo que nos diera tiempo ya que sería imposible, eso solo dos semanas, conocer todo lo que la metrópolis ofrecía.

Pero intentar, lo íbamos a intentar.

Éramos las típicas turistas y se notaba que españolas, porque si había algo que sabíamos hacer era gritar todo a los cuatro vientos, lo que para nosotras era un ritmo de voz normal, para ellos sería a gritos. Para ellos y para cualquiera que no fuera español, pero es que todos eran demasiado susceptibles con el volumen de nuestros tonos de voz, la verdad.

El día se nos quedó corto, cuando menos lo esperamos ya era la hora de dar media vuelta y buscar un lugar para cenar y volver al hotel a dormir. Porque ese día sí teníamos sueño ya que la noche anterior no habíamos podido dormir, al final, más que un par de horas.

—Pues McDonald's será —resoplé un rato después, desesperada, no había nada más que restaurantes de comida rápida por ahí. Así que de entre todas las opciones, McDonald's siempre sería la que yo elegiría.

Entremos en el inmenso establecimiento... Ni qué decir que allí todo era como XXL, todo a lo grande, nada era normal o pequeño. Y sirve para que se pueda aplicar esta ley tanto a una simple botella de agua, pasando por una

tarrina de helado en un supermercado, como a los edificios que conformaban la ciudad. A veces daba hasta vértigo sentirse tan pequeña, estaban obsesionados con el tamaño.

Lo que en España sería un menú xl, allí era algo así como el “eso no te entrará en una muela, debe ser talla xxx pero seguida de una s, que no te llenas”. Y eso sin exagerar, no tenía raíces andaluzas en mis venas.

Después de esperar, con nuestro pedido para alimentar a medio local, nos sentamos en una mesa que vimos libre y suspiramos de alivio al descansar el culo y los pies.

—¿Te imaginas vivir aquí siempre? —preguntó Silvia.

—No —negué rápidamente—. Ya Madrid me resulta estresante, tanto que a veces pienso que me volveré al final al pueblo a llevar una vida tranquila... Como para imaginarme viviendo aquí.

—¿Y no te acostumbrarías a esto por amor?

—Estás pesadita con el tema del amor, ¿eh?

—Lo dijo la gitana —se encogió de hombros—. No la desafíes que te puede echar un mal de ojo.

—No creo, le di buena propina. Pero no es esa la cuestión, ¿quieres olvidarte ya de ese tema del príncipe neoyorquino?

Si había algo bueno en todo eso es que podía hablar fuerte, sin tener que cortarme y que la mayoría no entendería una mierda. O eso esperaba yo por más que el español se hablara allí en un elevadísimo porcentaje.

—Pues no puedo —dijo ella volviendo a la cuestión—. Hemos venido aquí a encontrarlo.

—No, hemos venido porque según tú entendiste, el amor de tu vida estaría en el lugar de tus sueños.

—Este es el lugar de mis sueños —sonrió burlonamente.

—Sí, desde hace un año, porque ha habido otros lugares de los sueños en

plan “ninguna ciudad como esta en el mundo para convertirse en el lugar de mis sueños”.

—Siempre tergiversas mis palabras —se rio.

No era así, pero bueno...

—Es que a cualquiera que se lo cuentes, no se lo cree... —suspiré.

Esa era la verdad. Mi mente regresó al momento en el que toda esa aventura se fraguó, así como tres meses atrás.

Silvia y yo estábamos de copas en uno de nuestros pubs favoritos. Era viernes por la noche y salimos a desestresarnos de la rutina del trabajo. Ella era veterinaria, le encantaban los animales desde siempre, un suplicio para mí que más allá de los perros y los gatos... los demás como que me daban cierto acojone. Pero con ella iba superando ese miedo. No porque quisiera, sino porque no me quedaba de otra. Más de una vez aparecía en casa con cualquier pájaro o animal enfermo, incluso un día me metió una serpiente que aunque estaba bien custodiada en su caja de cristal. Esa noche apenas pude cerrar los ojos del ataque de pánico que tenía encima, sin dejar de mirar al dichoso bicho y con sudores fríos.

Yo me decanté por la enseñanza. A mí siempre me había gustado la docencia y los idiomas, así que estaba bastante preparada y siempre tenía trabajo como profesora en academias privadas de cualquiera de los idiomas que hablaba.

Esa noche, las dos con el fin de semana ya libre, salimos a tomar algo y a evadirnos de la rutina. Ya con alguna copa de más en el cuerpo, por no decir medio borrachas, salimos del pub y nos chocamos con una gitana que iba con las ramas de romero en las manos.

—Ay, qué guapas. Enseñadme esas manos que tengo muchas cosas que contaros —dijo esta.

—No, gracias —fui a seguir caminando pero mi amiga me paró.

—Ay sí, yo quiero —le puso la mano boca arriba y la gitana, sonriendo, la “leyó”.

—Uy... lo que veo aquí. No has tenido muy buena suerte en el amor, hija, el último novio era un poco... cabroncete. ¿Con cuántas te puso los cuernos?

—Con media ciudad —dije yo sin poder callarme.

Y ahí comenzó la locura en la que nos encontrábamos en ese momento.

Le di un sorbo a mi bebida y miré a mi amiga, mordisqueando su menú en la gran ciudad neoyorquina.

—Yo también puedo decirle eso a cualquiera y acierto —le dije.

—¿Tan exacto como ella? Sabes que no. Además, lo adivinó todo, hasta que tu último novio se hizo gay.

—Casualidad...

—Y una mierda, a ver si ahora eso lo hace al azar.

—Seguramente.

—Claro que sí. Porque lo más normal es que ahora te dejen por otro hombre —dijo con ironía.

—Pues la verdad es que sí —reí a carcajadas.

—Serás... —dijo ella riendo también.

—Lo que no entiendo aún, de verdad te lo digo, es por qué Nueva York.

—Te lo he explicado como mil veces...

—Pues no lo entiendo y lo sabes.

—Dijo: encontraréis al amor de vuestras vidas a la vez, en un viaje largo a una ciudad con la que sueñas desde pequeña. Pues Nueva York, si es fácil.

—Claro, como lo podría haber sido Tokio, si tú sueñas con una ciudad favorita cada semana.

—Esta es especial —me miró malamente—. Y lo sabes.

—No, yo lo que sé es que se te metió en el... Venir aquí y punto. Y por lo que estoy viendo —dije echando un vistazo alrededor— aquí no vamos a

encontrar mucho amor —los tíos o iban en pareja o estaban como una vaca. Y una no es que se fijara solo en el físico, pero eso era importante. Ellos llevaban el lema de “todo grande” a sus propios cuerpos también. Y los que eran de complexión delgada... Bien, que ninguno me había llamado la atención.

—Porque eres muy exigente.

—No, yo no soy exigente —negué rápidamente, pero rectifiqué cuando vi la cara de mi amiga—. Vale, sí, un poco, pero es normal después de mi expediente amoroso.

—Eso sí —rio ella acordándose de cada uno de los novios que tuve, que de verdad no sabía en qué demonios estaba yo pensando cuando los conocí. Y cuando me lie con ellos. Y peor aún, cuando me enamoré de ellos. Esa era la señal más clara de que yo no estaba muy bien de la cabeza, simple y llanamente estaba como un cencerro—. ¿Te acuerdas del granjero? —preguntó Silvia.

—Uy no, calla y cambia el tema que estoy comiendo pollo —dije con cara de pena.

—Pero es que ese fue el peor —no podía parar de reír—. Así que si piensas que todo lo que ves aquí es malo, recuerda al de los toros.

—Pero es que aquí tampoco es que haya nada especial.

—No nos dio tiempo a mirarlos, tanto mirar edificios gigantescos. Además, hay casi nueve millones de personas aquí, sino más. Seguro que lo encontramos.

—Lo podíamos encontrar igual en Madrid —a mí eso no me convencía en absoluto, a ver si ahora tenía que cruzar el Atlántico para encontrar a un tío que mereciera la pena. Que no, eso no cuadraba.

—A ver, como encontrar... Pero hija, con la cantidad de hombres que hay por el mundo, ¿va a estar el amor de nuestra vida en treinta kilómetros a la

redonda? —puso los ojos en blanco— Pues no, la gitana nos trajo aquí por algo.

—Para que nos gastásemos todos los ahorros porque seguro que hemos sido las únicas idiotas que la han creído en toda su vida.

—¿Sabes qué te digo? —me señaló con el dedo.

—Miedo me da...

—Todo esto que te estás quejando y que te has quejado desde el día que compramos los billetes...

—No, perdona, que los compraste tú a escondidas, no pude opinar.

—Lo que sea —le quitó importancia con un gesto de la mano—. Pero me lo agradecerás. Y todo esto que estás protestando, te lo vas a tener que meter por el culo cuando veas a ese hombre que se convertirá en tu obsesión, te hará suspirar y querer tenerlo siempre en la cama, atado, a tu disposición, te protegerá y te querrá como a nadie y será el único hombre con el que quieres pasar el resto de tu aburrida vida.

—Mi vida no es aburrida —fue lo único que se me ocurrió decir a todo eso que me había soltado. Miré su cara de incredulidad y suspiré—. Vale, lo es un poco, pero porque el trabajo me absorbe.

—Ahora no estás trabajando y te comportas igual que cuando das clases como la profesora intachable —me acusó.

—¿Me estás llamando aburrida a mí? —le pregunté con la boca abierta— Si soy más loca que tú.

—Pues últimamente no veo mucho esa vena de locura de mi amiga —se encogió de hombros—, a ver si aparece de nuevo.

—¿Es eso un reto?

—Si quieres... Solo es a ver si dejas de pensar y vuelves a ser la chica loca que siempre fuiste. Mamá...

—Que te den —resoplé—. Te vas a arrepentir de haberme llamado

aburrida. ¿Y sabes una cosa?

—¿Qué? —sonrió.

—Que te voy a creer, tienes razón, encontraremos a los amores de nuestras vidas aquí, en esta enorme ciudad llenas de hombres con trajes que trabajan en las oficinas y en la bolsa.

—¡Eso!

Me levanté con mi vaso de plástico en la mano para brindar por ello. Ya me había emocionado. No es que la creyera en sí, porque yo eso de la gitana como que no lo creía mucho, la verdad, era mi lado escéptico. ¿Pero llamarme aburrida? Eso sí que no.

Sabía que tenía razón, me había vuelto demasiado seria, pero iba a sacar de nuevo a la loca que hacía las cosas sin pensarlas. Iba a sacar mi lado salvaje, iba a dejar a un lado la cabeza y las consecuencias e iba a...

—¡Por el amor de mi vida!

No sé qué movimiento extraño hice que me tropecé y todo ocurrió como a cámara lenta. Caí para atrás, encima de alguien, con el vaso de plástico repleto de refresco aún en la mano.

Escuché un “joder” mientras yo chillaba y miraba la cara descompuesta de mi amiga. Cuando terminé de caer, como pude, me quité encima de la persona que había soltado el improperio en español y lo miré contrita y avergonzada.

Y joder dije yo... Me quedé sin respiración. Medio esparramada en esos bancos del McDonald's, mirando al desconocido y sin respirar. Y no porque por mi torpeza le hubiera manchado de refresco, literalmente se lo eché todo encima, sino porque era el hombre más... Más...

—¿También te dijo la gitana que esto pasaría?

La pregunta la hizo esa cara seria y perfecta pero hermosa que tenía delante. Gemí por la vergüenza y ya él se colocó y me ayudó a levantarme.

—Lo siento... —le dije.

—No pasa nada.

Miré a su lado y estaba con otro chico, miré a mi amiga y en vez de reírse, se había quedado embobada mirando al amigo. Y yo estaba aún sin poder reaccionar.

—De verdad que lo siento —dije de nuevo.

—No es nada —repitió, amable, sonriendo—. Pero la gitana podía haberte también avisado de esto —rio al final.

Me puse más roja aún, si es que eso era posible. Había escuchado todas las chorradas de las que estuvimos hablando. Normal que se rieran, yo también lo haría...

Y ahí, sin más que decir, se paró el tiempo y no pude dejar de mirarlo. Unas sensaciones extrañas me recorrieron el cuerpo y me dejaron completamente de piedra.

—Te invito a la comida —dije cuando pude hablar, algo era algo.

Dejó de secarse la cara y me miró.

—No... Yo te invito a ti. Será un momento para recordar cuando seamos viejos.

—¿Cuando seamos viejos?

—¿Quién sabe si yo soy el amor de tu vida?

Lo dijo tan serio que me dejó con la boca aún más abierta. No podía ser que se burlara de mí, ¿verdad? Porque eso estaba haciendo, seguro. Suspiré y lo miré antes de contestar con toda mi chulería.

—Si lo eres, estás perdido...

—No veo el momento de comprobar por qué.

Y ahí nos quedamos, mirándonos el uno al otro como si no existiera nadie más. Y supe que esa torpeza mía me iba a traer problemas.



## Capítulo 3

—Soy Daniel —el dios griego tenía nombre... Me ofreció la mano, pringada de refresco, pero al tocarlo, en lo que menos me fijé fue en eso. Un escalofrío me recorrió, era como se contaban en las novelas románticas que leía y no me lo podía creer.

—Yo Elena... —dije tras carraspear.

Quité mi mano rápidamente y no dejé de mirar a ese morenazo de rasgos patricios y a sus profundos ojos ¿verdes? Sí, eso parecía, un verde intenso que se oscurecían por momentos.

—Ella es... —me giré para presentarles a mi querida amiga, pero no estaba en su sitio, miré al otro lado y la encontré sentada junto al amigo de Daniel.

Contuve el impulso de poner los ojos en blanco, ella para no perder el tiempo. Y la verdad es que la entendía, porque ese rubio también era más que guapo, aunque no tanto con el hombre al que le había tirado la bebida encima —. Ella es Silvia —suspiré.

—Y él David —rio mi amigo.

—¿Habéis terminado ya de miraros como si quisierais comeros? —preguntó mi amiga y yo fui a replicarle algo así como “no sé de qué demonios está hablando” cuando Daniel se empezó a reír.

—No seré yo quien responda a eso —dijo entre risas.

—Soy Elena —dije ofreciéndole la mano a David, quien me saludó con una enorme sonrisa en la cara.

—Siéntate – me dijo mi amiga—. He aceptado su propuesta para cenar con ellos.

—Ya me di cuenta... —lo hice en el mismo momento en que vi que no solo mi amiga faltaba en nuestra mesa, sino también toda la comida.

O yo había perdido la noción del tiempo o era ella quien se había dado demasiada prisa en no perder ni un solo segundo en sentarse al lado de semejante sueco, porque el chaval parecía eso, tan rubio y con los ojos tan claros... Volví la vista al morenazo, ese me gustaba mucho más.

—Pues sentémonos —dije nerviosa.

Tuvimos que limpiar un poco el banco donde íbamos a sentarnos y yo aún me moría de la vergüenza al ver cómo el pobre había quedado empapado. Me senté a su lado y no sabía qué decir, era una situación surrealista.

—¿Así que estáis aquí de vacaciones? —preguntó David, rompiendo el hielo que yo sentía que había.

—Vinimos por una locura, como habéis podido escuchar. Así que aquí estamos, comiendo en un McDonald's y haciendo de las nuestras —suspiré.

—¿Pero es en serio todo eso de la bruja? —preguntó Daniel.

—No es bruja, es gitana —le aclaró Silvia, como si eso fuera un dato importante en ese momento. Además, podría definirse bien como bruja en este siglo por lo que veía.

—Pues la gitana... —negó con la cabeza al rectificar— Nunca me he creído esas cosas.

—Ni yo —lo miré a él—. Pero cualquiera dejaba a esta loca sola.

—Pues no sé yo qué decirte sobre quién de las dos está más loca, si ella por querer venir o tú por acompañarla —rio él y yo hice lo mismo. Silvia y David estaban enfrascados en su conversación y nos habían ignorado

rápidamente.

—Supongo que en el fondo me queda la duda de si será cierto lo que dijo la mujer.

—¿Crees en esas cosas?

—No, pero ¿quién sabe? Quizás y sí es verdad que el amor de mi vida está en una ciudad lejana y lo mismo es si elegimos Nueva York y China —me encogí de hombros—. ¿Y tú, por qué estás aquí?

—De vacaciones también. Ha sido un año duro de trabajo y decidimos volver aquí, nos encanta esta ciudad y como siempre que venimos es por trabajo...

—¿Venís mucho aquí?

—Pues sí. El trabajo es el trabajo. Nuestra empresa de publicidad es una de las más importantes de España y tenemos negocios con muchas empresas americanas.

—Vaya, así que dos chicos de negocios.

—Se puede decir que sí.

—¿Y puedo preguntar cómo se os ocurrió montar la empresa? —a mí a alcahueta no me ganaba nadie.

—No se nos ocurrió —rio—. Nuestros padres lo hicieron, eran amigos desde la niñez y después se convirtieron también en socios. Se puede decir que nos hemos criado como hermanos, así que como los dos queríamos seguir los pasos de nuestros padres. Ya la heredamos cuando ellos decidieron jubilarse antes de tiempo.

—Vaya —sonreí—. Interesante historia.

—¿Y tú? ¿Qué es de ti?

—Nada, solo una profesora de idiomas normal y corriente —dije burlona—. Me encanta mi trabajo, esa es la verdad.

—¿Trabajas en España?

—Sí, en Madrid, desde que me fui a vivir allí, ya me quedé.

—Pues sí que te he tenido cerca este tiempo... Soy de allí también.

—Y pensar que nos hemos conocido cuando te tiraba un refresco en el otro lado del charco —reí sin poder evitarlo por lo absurda que era la situación.

Continuamos charlando, ya los cuatro. Hablamos un poco de nosotros y me encantó conocerlos. Nos dieron las tantas en ese lugar y cuando nos despedimos para marcharnos, nos quedamos con la boca abierta al ver lo tarde que era.

—¿Os alojáis muy lejos? —preguntó Daniel.

—Pues la verdad es que sí contando con la cantidad de transporte que tenemos que usar para llegar a este lado de la ciudad.

—¿Dónde?

—No sé... —miré la dirección en el móvil y entonces se la dije.

—¿Pero cómo habéis acabado en ese barrio? —preguntó David horrorizado.

—Fue un fallo en la elección por internet —suspiró Silvia.

—Sí, pero no es tan malo. Mientras nos podamos duchar y dormir... Tampoco pensamos estar mucho tiempo dentro del hotel —dije para quitarle importancia.

—No es ese el problema —empezó Daniel—. La zona no es muy segura por las noches, no podéis andar solas por ahí.

—Hasta ahora nadie nos ha molestado en lo más mínimo —le dije con un tono que daba a entender que no éramos tontas, podíamos cuidar de nosotras mismas, pero parecía no pillarlo.

—Os acompañaremos, no me quedaré tranquilo hasta veros dentro de la habitación y con el pestillo echado —dijo en un tono que decía no admito ni una sola protesta”, pero si mi moreno, porque para mí, en mi mente, ya lo

había apodado así... Si él pensaba que yo iba a dejar las tonterías de machismo a esas alturas de mi vida.

—Estamos preparadas —dije pensando en mi spray de pimienta, en el medio arsenal contra criminales que llevaba siempre en mi bolso y en cómo de bien se me daban las clases de defensa personal.

—Me da igual si te crees actriz de Kill Bill, Elena —resopló él en respuesta—. No podría dormir tranquilo sin saber que llegasteis bien.

—Yo voy por el coche y las acercamos —dijo David, quien desapareció de nuestra vista.

—¿Tenéis coche? ¿Os atrevéis a conducir por la ciudad? —preguntó Silvia, horrorizada, ella odiaba conducir por Madrid...

Bueno, la verdad es que simplemente odiaba conducir y ya. La imaginaba cómo ella se veía a sí misma en su mente, al volante de un coche e intentando circular por ese caos de ciudad y me estaba poniendo nerviosa hasta yo por imaginar lo que ella estaba imaginando. Al ver su cara supe que no iba demasiado mal desencaminada, por cómo de descompuesta se había quedado, estaba imaginando precisamente eso.

—Siempre alquilamos uno, venimos con el tiempo justo para ir de una visita a otra. Así que nos es más cómodo ya que podemos usar los parkings privados de las empresas con las que trabajamos.

En ese caso lo entendía, pero aún así seguía siendo una completa locura. Aunque era señal inequívoca de que se conocían la ciudad muy bien.

—¿Y cuánto tiempo vais a quedaros? —preguntó mirándome.

—Dos semanas, ya un día menos —me burlé—. No nos dará tiempo a verlo todo, pero intentaremos ver el máximo posible.

—Con una buena organización se puede. Pero tendréis que volver si queréis conocer cada lugar de verdad —explicó él.

—¿Volver? Ni de coña vuelvo yo a volar tantas horas seguidas y por encima de un océano además.

—Es así de cagona —rio Silvia y la maté con la mirada.

Estábamos en la calle y David no tardó en aparecer con el coche de alquiler que tenían. No sé cómo ni de quién fue la idea, pero me encontré sentada en los asientos de atrás mientras Silvia ocupaba el sillón del copiloto y comenzaba a charlar animadamente con David.

—No eres tan charlatana como ella —dijo un poco más tarde Daniel, en algo más que un susurro.

—Ni tú tanto como él —sonreí y suspiré—. Silvia es algo especial y yo... Bueno, algo más reservada.

—Pero ella dijo que eras la más loca de las dos.

—No le hagas ni caso, eso solo ocurre cuando bebo —le dije en un susurro como contándole un secreto.

Porque la verdad era que todo el que me conocía, sabía que un poco de alcohol en la sangre y a mí ya se me iba un poco la cabeza, sobre todo reía como la que no podía parar.

—Pues que sepas que no me diste impresión de ser para nada aburrida —susurró él en esa ocasión, dejándome de nuevo con la boca abierta.

—Ah ¿no? ¿Y de qué te di la impresión?

—De ser alguien a quien me apetecería conocer mucho más —dijo mirándome fijamente.

No sabía si se estaba riendo de mí o de verdad era algo así como un deseo o una proposición para que nos volviéramos a ver.

Sonreí y miré hacia adelante hasta que pude meterme en la conversación de mi amiga con el dios nórdico. Necesitaba aliviar un poco la tensión que se había hecho cargo de mi cuerpo con solo esa frase de ese hombre.

A mi edad no era fácil que nadie llamara la atención. Necesitaba siempre

mucho más que un simple cuerpo, necesitaba cerebro, humor y alguien que me hiciera sentir cómoda y ese hombre con solo tres años más que yo era todo lo que yo siempre había anhelado.

¿Dónde estaba el fallo entonces? Porque algo tenía que haber. Guapo, con un cuerpo de escándalo, simpático y bromista, inteligente, serio y firme cuando tenía que serlo... No, el fallo tenía que estar. Quizás una mujer o algún trauma con alguna. O solo era un picaflor que iba de ligüeteo todo el tiempo. Pero haber, tenía que haber algo, todo no podía ser tan fácil.

Nos acompañaron hasta la puerta del lugar donde nos hospedábamos y no se marcharon hasta tener nuestros números de móvil “por si acaso”, que yo no entendía para qué era eso y hasta que subimos, entramos en la habitación, cerramos con pestillo y nos asomamos a la ventana para hacerle una señal de que todo estaba OK.

Fue entonces cuando después de un saludo con la mano, se marcharon de nuestra vista.

—Oh, Dios, me enamoré.

Me giré y le di la espalda a la ventana para ver cómo mi amiga caía sobre su cama después de un suspiro extremadamente largo.

—Es muy guapo y simpático —concordé, hablándole sobre David.

—¿Ves? ¡Son ellos, Elena! ¡Hemos encontrado a los hombres de nuestra vida!

—Eh, espera —negué rápidamente con la cabeza—. No exageres. Son buenos chicos, muy guapos e interesantes, sí, pero no vayas tan rápido, quizás nunca más los volvamos a ver.

—Dentro de unas horas... —dijo ella como si nada.

—¿Qué?

—Pues que quedé con David para vernos mañana en la tarde cuando terminen de trabajar. Es decir, que quedé con él en tu nombre también.

—¿Quedaste con David como si fuera yo?

—No. Sí. Esto, a ver... —se sentó en la cama, sobre sus piernas cruzadas  
— Que organicé una cita de los cuatro juntos, obvio.

—¿Obvio? ¿Pero qué es lo obvio? —suspiré, ya iba a sacarme de sus casillas.

—Pues que donde yo voy, tú vas y le dije, aunque él también pensaba lo mismo, que teníamos que quedar todos —me explicó como si fuera tonta, cuando yo ya lo había entendido desde un principio.

—Así que organizaste una doble cita.

—En realidad se puede decir que una cita doble.

—¿Qué diferencia hay? —la pregunta era retórica, no para que ella me contestara, pero la pobre, a veces, no daba para más.

—Pues verás. Una cita doble es cuando...

—No puedo contigo —la interrumpí.

—Venga, Elena. Lo pasaremos bien. Para eso hemos venido, ¿no?  
Sí, tenía razón, pero ¿quería Daniel volver a verme?

—Quizás él solo quiere estar contigo o Daniel no viene o...

—¿Así que ese es el problema? —preguntó burlona.

—¿Qué problema? No hay ningún problema, solo que...

—Entonces deja de poner excusas. O deja el miedo de que ese hombre que se ha pasado la noche hablando y riendo contigo es totalmente indiferente hacia ti.

—¿Qué estás insinuando?

—Que la gitana tenía razón.

—Oh, mierda, no... —resoplé, por ese tema otra vez no, por favor.

—Pueden ser los hombres de nuestra vida, Elena. Si es que no piensas a veces...

—Nadie conoce al amor de su vida así.

—Pues nosotras sí, ya ves. Y... No me digas que ese hombre no provocó nada en ti y que no tienes ganas de volver a verlo —sonrió dulcemente, pero yo la conocía bien, ella de dulce tenía lo que yo de aburrida. O sea, nada.

Refunfuñé algo así como “ahora lo que nos faltaba en toda esta locura” e ignoré su pregunta. No podía contestarle porque nunca le había mentado y esa no iba a ser la primera diciéndole que ese hombre no me había marcado de alguna manera. Así que me puse a hacer lo que mejor se me daba: lanzar improperios hasta desahogarme.

Me puse el pijama y me acosté, Silvia apagó rápidamente la luz, me deseó las buenas noches y se puso boca abajo en la cama, con la almohada sobre la cabeza, haciéndome saber que iba a dormirse ya.

En ese momento vibró mi móvil y me quedé extrañada. Leí el mensaje y esa vez sí que no supe cómo reaccionar.

*“Este es mi número, Elena. Cualquiera cosa que necesites, no dudes en avisarme. Que pases buena noche y que sepas que estoy desenado que llegue mañana para seguir conociendo a esa mujer que tan inesperadamente ha aparecido en mi vida: tú. Besos.”*

Vale, pensé, esto es todo menos algo inocente, ¿no? ¿O es que la gente ahora se comunicaba así y eso era de lo más normal, siendo yo la anormal que aún se sorprendía porque eso me parecía demasiado directo?

Quizás era mi problema, sí, porque me estaba dando, en realidad, un acojone tremendo pensando que quizás la gitana “alias bruja” podía tener la razón.

Le mandé un mensaje de buenas noches y suspiré, enfadada conmigo misma porque a pesar de todo, había sonreído al saber que al día siguiente volvería a ver a mi dios griego preferido.



## Capítulo 4

La mañana siguiente fue algo pesada, las cosas que queríamos ver tenían colas en las que debíamos esperar el turno y todo se me hacía muy lento. Silvia se había levantado de muy buen humor y eso era contagioso, así que dejando a un lado todo pensamiento o elucubración que podía pasar por mi mente desde que el dios griego apareció, solo unas horas antes, en mi vida y centrar en disfrutar cada rincón de esa ciudad.

Cuando llegamos al lugar donde habíamos... O mejor dicho, Silvia había quedado con ellos, una oleada de frustración momentánea me atravesó al ver que ese hombre volvía a tener ese efecto en mí. Me ponía nerviosa simplemente con mirarme.

Y mirándolo me podía quedar yo todo el día... Pensé al verlo vestido tan formal con ese traje de chaqueta.

—Hola —saludamos animadamente al acercarnos a ellos.

Nos dimos dos besos los unos a los otros y nos preguntamos qué tal el día. Para ellos con demasiado trabajo y para nosotras con un dolor de pie impresionante por haber pasado tantas horas de pie, sin sentarnos ni un solo momento. Pero con todo lo que habíamos visto... merecía realmente la pena todo eso. Los lugares que visitamos eran realmente espectaculares.

—¿Con hambre? —preguntó David animado y eso ya nos hizo romper el hielo por completo.

Nos montamos en el coche, esa vez manejaba Daniel y yo me senté en el asiento del copiloto, a su lado, mientras miraba, fascinada, con qué control

agarraba el volante mientras conducía por esa ciudad de locos.

Nos llevaron a un lugar algo apartado de la ciudad, como una especie de área de servicio y al entrar me quedé maravillada. El lugar era de luego y nosotras no estábamos vestidas para algo así. Fue lo primero que se me pasó por la mente al ver tanto lujo a nuestro alrededor y acabé un poco avergonzada.

—¿Estás bien? —Daniel me cogió la mano y me hizo mirarlo a los ojos.

—¿Yo? Pues sí —sonreí—. Pero hasta que no me coma una vaca, mi estado de ánimo no va a mejorar en absoluto.

—Pues entonces una vaca para la señorita —rio él, colocando mi mano en su antebrazo para comenzar a caminar hacia la mesa que habían reservado conmigo al lado.

Yo, en ese momento, solo podía mirar el lugar y maravillarme con él. Y pensar que como nos tocara pagar, íbamos a tener que terminar fregando platos todo el tiempo que nos quedaba en esa ciudad.

Me quedé un poco sorprendida cuando vi que nos habían sentado en mesas por parejas, pero algo aliviada también al ver que podía hablar con ese chico sin tener que aguantar las cada vez más frecuentes carantoñas de los otros dos, que iban demasiado rápido y por lo que me daba a mí, y por lo que la conocía, esos iban a estar juntos en la cama en menos de lo que cantaba un gallo.

—Me da la impresión de que eres una persona completamente diferente cuando estás sola —miré a Daniel cuando dijo eso, antes de llevarme la copa de vino a los labios.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, es una impresión que me da. Como si asumieras el papel de ser la “cabeza pensante” al lado de la locuela de tu amiga.

—Es muy buena chica.

—Eso no lo dudo —sonrió—, pero no lo decía por eso.

—Puede ser que sea así. Para mí es como mi hermana y a veces me toca centrarla.

—¿Y tú estás tan centrada como pareces?

La pregunta parecía inocente, pero me daba la impresión de que no era para nada así.

—Te sorprendería saber quién soy en realidad.

—Pues cuéntamelo, estoy aquí para eso —dijo con voz seductora.

Carraspeé porque con ese tono me había puesto más que nerviosa, por no hablar de las reacciones de mi cuerpo.

Me bebí la copa de vino de un trago y esperé un momento a que yo notara que bajaba hasta mi estómago, sintiendo el calor y haciéndome un poco más valiente a la hora de hablar.

—Creo que es algo que debería conocer por ti mismo...

La propuesta estaba hecha y yo no sabía cómo podía haber tenido tanta cara para decir algo así. Porque aunque era una mujer segura y con las ideas muy claras, nunca solía entrar de esa manera en el juego de la seducción. Sobre todo no era tonta y sabía que eso era precisamente lo que ocurría entre nosotros: seducción pura y dura.

—¿Me estás retando? —rio.

—Tómalo como quieras —le saqué la lengua.

—Me parece que acabo de confirmar que el viaje se va a volver mucho más interesante de lo que pensé hace unas horas, cuando te conocí.

Levantó su copa en un brindis silencioso y me guiñó un ojo y yo no podía creerme que semejante adonis se hubiera fijado en mí. Así que tenía que encontrarle un fallo, un secreto, algo. Porque tenía que haberlo y punto.

La cena fue divertida y bebí demasiado, desinhibiéndome más de la cuenta. Ya en la habitación y después de despedirnos de ellos por la ventana,

como la noche anterior, fui yo quien cayó como un peso muerto en la cama.

—Ese hombre es increíble, Elena. Atento, simpático, amable, divertido... Por no decir que joder, qué bombón. Es el hombre perfecto —suspiró mi amiga antes de dejarse caer en su cama.

—Sí que lo es... —dije pensando en el dios griego y no en el rubio que la tenía loca desde hacía cuarenta y ocho horas— Pero tiene que haber algo... —ni siquiera me estaba dando cuenta de que decía mis pensamientos en voz alta.

—¿Algo de qué? —preguntó ella alarmada.

—No sé, pero piensa, Silvia —me senté en la cama y la miré, ella hizo lo mismo y esperó a que yo comenzara—. Guapos, unos bombones, simpáticos, agradables, educados, con una empresa propia que hace negocios en un país como este, lo que quiere decir que su empresa va más que bien, por lo que deben de tener bastante dinero... Nos lo encontramos en un McDonald's y desde entonces se interesan en nosotras... no sé, es todo como demasiado novelesco, ¿no?

—¿Y por qué no puede ser así y ya? —preguntó ella, encogiéndose de hombros.

—Esa clase de hombres tienen a todas las mujeres que quieren rendidas a sus pies. Algo no me cuadra.

—O estás paranoica.

—Ojalá...

—Porque, además, ellos pueden pensar lo mismo.

—¿Pensar lo mismo?

—Pues sí. Dos mujeres guapas, con dos cuerpazos, inteligentes, independientes, divertidas... Y somos nosotros quienes les interesamos. Joder, pues sí que hemos tenido suerte, eso pueden pensar.

Lo dijo tan segura que me tuve que reír sin poder parar.

—Oye, que no dije nada que no fuera —me tiró su almohada a la cara, pero yo seguí riendo.

—Lo de cuerpazo puedes decirlo en individual, aspirante a modelo.

—Oh, no empieces por ahí —resopló.

—Es verdad —me puse ya más seria—. Te ves en el espejo: ese pelo largo, tan negro, tus ojos negros también. Eres una belleza latina de primera. Y tu cuerpo, bua, ya sabes que ojalá yo tuviera tus... —señalé a sus pechos, esos que de tan perfectos parecían operados.

—¿Pero tú te has mirado a ti?

—Sí, cada día... —bromeé.

—No, mirarte sin juzgarte, viendo de verdad cómo eres.

—No empieces con eso... —no, la charla de mi físico la odiaba. Conocía muy bien cómo era, mi cuerpo no estaba mal, no era gorda, pero tampoco delgada. Tenía poco pecho, aunque mis caderas y mi trasero eran bastante voluptuosos. Una mujer normal, con curvas, con unos ojos grandes pero de un marrón simple y el pelo castaño y ondulado largo, bien cuidado, pero nada fuera de lo común. Claro que me conocía bien.

—¿Crees que ese hombre se ha fijado en ti solamente con la intención de conseguir tener a alguien en su cama mientras está aquí?

Lo había pensado, sí, esa era la verdad.

—Pues sí, puede ser... Un entretenimiento del que quizás nunca más volverá a saber.

—Puede tener a cualquiera, como dices, ¿entonces por qué tú si eres tan poca cosa? —preguntó con ironía— Deja de pensar idioteces y de dejar el miedo.

—¿Miedo? ¿Qué miedo?

—El que te da que alguien como él, al que crees superior a ti, se haya fijado en ti. O el miedo a que lo que tú crees que solo será un amor de

vacaciones pueda ser mucho más. Miedo a vivir, ese miedo.

—Te poner muy filosófica cuando bebes —reí.

—No es eso —dijo ella seria—. Es que no entiendo por qué hay que ser tan retorcida con las cosas. Los hemos conocido por obra del destino, como bien dijo la gitana —puse los ojos en blanco, la tenía que nombrar sí o sí.

—Silvia... Estamos a miles de kilómetros de casa. Los juegos con otros son así, pasar esos días lejos de tu vida, viviendo cosas nuevas y al volver al hogar, si te he visto no me acuerdo.

—¿Y en el caso de que sea así qué? ¿Te gusta? No, no te calles, responde. ¿Te gusta?

—Sí, me gusta —reconocí, ¿para qué negarlo?

—Pues entonces dale la oportunidad y nada más. Cuando volvamos a casa, lo mismo eres tú quien solo lo quería para un rato.

—Sabes que yo no soy así.

—Pues hija, tu cuerpo necesita ser de vez en cuando así, que te van a salir telarañas —lo dijo resoplando y yo en vez de enfadarme, volví a reírme de nuevo.

—Ay, Silvia, ¿en qué nos has metido? —suspiré entre risas.

—En la aventura de nuestras vidas. Ya si es algo más o no... Pues lo averiguaremos, pero mientras démosles alegría a estos cuerpos.

Se levantó de la cama y se puso a mover las caderas sensualmente, yo no podía dejar de reír a carcajadas y con lo ruidosa que era mi risa, en cualquier momento nos echaban del lugar.

Cayó en mi cama y las dos nos reímos, compartiendo ese momento tan especial entre nosotras.

Sabía que ella tenía razón y que me comía demasiado la cabeza, pero con el tema del amor de nuestras vidas... Me iba a quedar loca ahora que ese hombre se había cruzado en nuestras vidas.

Viviría el momento y ya. Me divertiría y que fuera lo que tuviera que ser. Lo único de cierto en todo eso era que me gustaría conocer más a ese hombre y que ahora quedaba un día menos para hacerlo, así que no podía andar perdiendo el tiempo.

Solo rezar para no enamorarme de lo que estaba segura solo iba a ser una aventura de vacaciones y nada más.



## Capítulo 5

Los días pasaban y llegamos hasta a tener rutina dentro de las vacaciones. Nos levantábamos temprano, nos preparábamos y después de desayunar en la misma cafetería siempre, salíamos en dirección a los lugares que teníamos planeado visitar ese día. Comíamos algo rápido y por la tarde alguna visita pero ya más tranquila. Ese día paseamos por Central Park.

Aquello era un inmenso pulmón en medio de la ciudad. Suponía que si se miraba desde las alturas, chocaría la visión de tantos edificios modernos e impresionantemente grandes con la de aquella enorme zona verde llena de vida.

La gente caminaba por allí, otros corrían haciendo algo de ejercicio, grupos de turistas, grupos de personas haciendo actividades de ocio o deporte... Muchos simplemente sentados, en bancos o en el mismo césped, leyendo, escuchando música, solo mirando a la nada mientras se perdían en sus pensamientos...

Sabía que si viviera ahí, aquel sería uno de mis lugares favoritos. Me encantaba la paz que transmitía.

Silvia y yo compramos unos cafés en un puestecito cercano y nos sentamos en ese mojado césped que invitaba a ello.

—Me encanta todo esto... —dije mirando a mi alrededor.

—Es precioso. Si no tuviera mi trabajo en España, hasta me plantearía vivir aquí.

—Tampoco te pases —reí.

—Es verdad, se respira otro ambiente.

—Sí, pero la paz que respiras aquí solo es aquí. Fuera de esto, todo es caos, prisas, estrés... No creo que aguantaras ni dos días.

Mi amiga se encogió de hombros y se centró en tomarse su café relajadamente. Sabía que tenía razón, eso era demasiado para nosotras. Y para cualquiera que no estuviera hecho a ese estilo de vida, pensaba yo.

Rebusqué en el bolso cuando mi móvil sonó con la llegada de un mensaje.

—Es Daniel —dije mirando a mi amiga.

—Si vieras cómo se te cambia la cara cuando lo nombras —rio.

—No exageres —puse los ojos en blanco y leí el mensaje—. Quiere verme esta noche, quiere una cita conmigo.

—Una cita contigo...

—Sí. ¿Qué significa eso?

—Pues que quiere una cita contigo.

—Eso ya lo leí, ¿pero lo de antes no han sido citas?

—Supongo que se referirá a los dos solos —se encogió de hombros.

—No pienso ir sola con él a ningún lado.

—¿Por qué no?

—Porque vine contigo y donde vaya yo, vas tú.

—Llevamos muchos días aquí disfrutando del viaje, no pasa nada porque una noche salgas sola, Elena. Si no lo haces, ¿cómo lo vas a conocer mejor?

—Tampoco hay que conocerlo demasiado...

—Bueno, no, quién sabe si después viviendo en la misma ciudad, volvéis a veros a menudo.

—¿Pero no habíamos quedado en que mirara solo esto como un rollo? —me estaba perdiendo...

—No, tú entendiste eso porque es tu mejor manera de digerir las cosas.

—Me dijiste que viviera el día a día.

—Sí, por eso te digo que no pierdas la oportunidad por mí y te vayas esta noche con él. Pero en ningún momento te dije que lo trataras como a una simple aventura. ¿Qué sabes tú si puede ser algo más? Tampoco tienes que ir con esa idea en la cabeza, pero relaja la raja un poco, piensas demasiado —resopló.

—Porque las cosas podían ser algo más fáciles.

—Las cosas son fáciles, nosotros las complicamos.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan filosófica? —pregunté con la boca abierta.

—Desde que intento que tú dejes de serlo. Pesada —me sacó la lengua.

—Está bien, ¿pero estarás bien? —me refería a si se quedaba sola.

—Ya ves que sí, todo el cuchitril para mí —rio.

Sonreí y le mandé una respuesta a Daniel. Me escribió de nuevo y quedamos esa noche para cenar. Me dijo que no me arreglara demasiado, que ya entendería por qué. Tras un “nos vemos luego”, me tumbé en el césped junto a mi amiga y miré el cielo. Desde ahí se podía ver inmenso y quizás volviera algún día a ese ciudad solo por el placer de verlo de nuevo.



## Capítulo 6

Vaqueros, camisa de cuadros roja, la chaqueta, las botas altas, el bolso y lista para irme con Daniel. Me despedí de Silvia, quien se iba un rato después porque había quedado finalmente con David, con un beso y llegué en poco tiempo a la puerta del hotel. Al abrirla, Daniel me recibió con una enorme sonrisa en la cara.

—Hola, guapa.

—Hola —sonreí—. ¿Suficientemente informal?

—Bellamente informal. Vamos al coche que nos llevará un ratito llegar al lugar.

Me tenía con la intriga, caminé a su lado hasta donde había estacionado el vehículo, me abrió la puerta para ayudarme a entrar y cuando él ya estaba delante del volante, arrancó con dirección al lugar desconocido.

—¿Y dónde vamos? —pregunté, impaciente.

—Ahora lo verás —sonrió.

Condujo hacia las afueras, como a una especie de montañas. Dejó el coche y tras agarras mi mano y una cesta en la otra, jaló de mí para subir un poco por la pendiente.

Cuando llegamos arriba, me quedé completamente alucinada.

—Dios mío... —suspiré.

Estábamos en lo alto de la colina y desde ahí podía divisarse toda la ciudad. Como si esa imagen estuviera enmarcada en un cuadro presidiendo la escena.

—Siempre que me siento algo estresado en esta ciudad y que no puedo dormir, vengo aquí.

Giré para mirar a Daniel, estaba colocando una manta en el suelo, puso la cesta encima de esta y comenzó a sacar comida de ella.

—¿Un picnic? —sonreí.

—Quería sorprenderte —se encogió de hombros.

—Y lo has hecho, no pensaba que eras un hombre de gustos sencillos.

—Y no lo soy, soy más bien complicado en ese aspecto, por eso quizás siempre busco un lugar así en los que refugiarme en cada ciudad que sé que voy a tener que visitar a menudo.

—¿Como un escape? —pregunté antes de sentarme a su lado.

—Pues sí, todos queremos huir de vez en cuando.

La verdad era que sí, esa sensación la vivía todo ser humano, las ganas de desaparecer por un periodo de tiempo aunque fuera corto, que el mundo desapareciera y que las sensaciones se mantuvieran a raya, estáticas hasta que pudiésemos controlarlas por completo.

—¿Y tú de qué quieres huir? —no pude evitar preguntarle.

—De mi vida. Simplemente de mi vida —dijo enigmáticamente y dando a entender que no iba a dar más detalles sobre ello.

Me centré en la comida y me quedé alucinada, ahí no faltaba de nada.

Sirvió dos copas de vino y me ofreció una.

—Ya queda poco para que nuestro viaje termine, así que déjame brindar por ti, por haber aparecido en mi vida.

—Salud —dije chocando nuestras copas.

Bebimos un sorbo y acepté uno de los sándwiches que me ofreció.

—¿Seguro que puedo comerlo? —dije muy seria, mirándolo fijamente, pero en el fondo me reía.

—¿Crees que está envenenado? —preguntó siguiéndome el juego—

Nunca lo sabrás hasta que lo muerdas.

Miré su sándwich y me moví hacia adelante para darle un bocado rápido. Lo mastiqué y lo tragué y al ver que seguía viva, lo miré aliviada.

La risa de Daniel salió de lo más profundo de su garganta.

El ambiente ya distendido y el paisaje de fondo hicieron de esa cena uno de los mejores recuerdos que iba a llevarme grabado en mi mente sobre esa locura de viaje.

—Hoy nos han ofrecido fusionarnos con una empresa muy importante de aquí con la que queríamos trabajar desde hace mucho tiempo.

—¿Fusionaros? ¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Nuestra sede está en Madrid porque es el país donde vivimos, pero realmente allí apenas tenemos clientes. Todo lo que manejamos es por el resto de Europa y, los más importantes contratos, aquí, en Estados Unidos.

—En Nueva York —dije yo recordando cuando me había hablado anteriormente de ello.

Él decía que iba a ese lugar cuando se sentía al borde del abismo y necesitaba aire puro, y con lo que me estaba contando imaginé que era uno de esos días. Me sentí extrañada y a la vez me alegraba que hubiera pensado en compartir ese momento conmigo. Por lo poco que conocía de él, era bastante reservado con su vida, sin embargo, yo siempre lo había sentido abierto a mí en ese sentido.

—Sí, en Nueva York es donde están la mayoría —afirmó—. Pero también tenemos algunas empresas del ámbito estadounidense.

—Un negocio próspero.

—Sí, trabajamos muy duro para ello. Mi padre y el de David fueron los fundadores y las bases que crearon fueron muy, muy buenas. Pero en el momento en que David y yo cogimos las riendas de la empresa, vimos que estábamos algo estancados y comenzamos a aspirar más alto y a mejorar

algunas cosas. Y al final conseguimos expandirnos, por todos lados menos por nuestro país.

—¿Y hasta ahora no te habías planteado el cambiar la sede de la empresa y trasladarte aquí?

—David y yo lo habíamos hablado varias veces, viendo cómo iban las cosas, sabíamos que tarde o temprano, si queríamos seguir manteniéndonos ahí, tendríamos que venirnos definitivamente aquí. Nuestros abogados tienen preparado, desde hace tiempo, el tema legal. Pero supongo que nos faltaba una buena oferta sobre la mesa para plantearnos el dejar toda nuestra vida allí.

Lo entendía porque no tenía que ser una decisión nada fácil. A mí me costaría la vida poder dejar todo lo que conocía, pero suponía que había momentos en los que arriesgarse era la única opción. Tal vez había llegado el momento de ellos dos de dar el paso sin pensarlo tanto.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Tampoco tenemos muchas opciones. Ni nada que nos ate allí.

No sé por qué ese comentario me hizo sentirme triste. A mí me gustaba ese hombre y cada tiempo que pasaba con él me gustaba aún más. Entre nosotros no había ocurrido nada más que un juego de seducción, ni siquiera un beso y no es que pensara en que fuéramos una pareja ni nada por el estilo, las cosas no se daban tan rápido. E igual que yo tenía claro que al terminar mis vacaciones todo eso se acabaría, era como si en el fondo guardara la esperanza de que ya una vez los dos en Madrid, pudiésemos conocernos más.

Pero ya no habría más Madrid... Aunque en realidad nunca la hubiese habido.

Me senté al revés, dándole la espalda. Doblé mis piernas y me quedé mirando a esa ciudad enorme mientras mi sensación de vacío repentina se iba.

Él se sentó como yo, a mi lado y noté que su mirada estaba fija en mi cara.

—Solo hay algo que me hace pensar en rechazar esa oferta.

Giré mi cabeza y lo observé, instándolo, silenciosamente, a seguir.

—¿Qué es? —pregunté al fin cuando vi que él solo me miraba y no decía nada más.

—Tú —dijo mirándome intensamente.

—¿Yo...?

No pude decir nada más, un segundo estaba mirándome como si quemara y al siguiente tenía su boca en la mía, dándome el mejor beso que me habían dado nunca. Levantó su mano hasta ahuecar mi cara y me pegó aún más a él para profundizar el beso, convirtiéndolo en algo más intenso, más necesitado. El algo más sexual...

La incertidumbre que se había formado en mi mente ante eso que había dicho, se había transformado en nada. No estaba, había desaparecido. Lo único que quedaban eran las sensaciones que tenía con él. Con su lengua jugando con la mía y sus manos bajando por mi cuerpo.

Terminó el beso y me miró a los ojos. En su cara y en su mirada podía observar el deseo y supuse que a él le pasaría lo mismo conmigo.

—He deseado hacer esto desde el primer momento —dijo acariciando mi cara.

—¿Desde que te bañé en fresco? —bromeé.

—No, en ese momento quise matar a quien fue. Pero cuando te vi...

—¿Qué...? —susurré.

—No lo sé. Había decidido no acercarme a nadie, dejar a las mujeres a un lado, estaba harto de frivolidades. Y contigo... no sé, todo es distinto.

—No me conoces y no creo que puedas hacerlo tampoco —dije claramente.

—¿Por qué no? Yo quiero...

—Yo me iré en unos días, tú también, pero lo más seguro es que tengas

que verte de nuevo y... Son caminos muy distintos, pero nos quedará algo bonito para recordar.

—Yo no soy de dejar lo bonito a un lado, Elena...

—La vida es así —sonreí—, solo vive el momento, mañana ya se verá. Además, no puedes basar la decisión de elegir tu vida ni por mí ni por nadie a quien ni siquiera conoces.

—Te conozco mucho más en estos pocos días que a cualquiera de los demás.

—El viaje se acaba, Daniel. Lo que depara el futuro no se sabe.

Acarició de nuevo mi mejilla y me besó, en ese momento volvieron a invadirme las sensaciones, como si cayera al vacío, era extraño saber lo que ese hombre me hacía sentir en tan poco tiempo.

Levanté mi mano y la puse en el hueco entre su cuello y su hombro. El beso se intensificó y ambos gemimos, mordió mi labio, apresándolo entre sus dientes y jalando de él para luego soltarlo y mirarme a la cara.

—Te deseo, Elena. Aquí... Ahora...

Yo también lo deseaba y con demasiada intensidad. Necesitaba mucho más para acabar teniendo sexo con un hombre, pero con Daniel era diferente. Con él había necesitado eso desde el primer día y sabiendo que pronto me tendría que ir y que todo quedaría en un recuerdo, no quería perder más el tiempo.

Volvimos al beso, disfrutándonos el uno al otro. Pronto estábamos tendidos en el suelo, con su cuerpo encima del mío. Sus caderas moviéndose entre mis piernas abiertas, deseosa de sentirlo más de cerca. Piel con piel. Dentro de mí...

Ni me importaba que estuviéramos al aire libre. En ese momento la necesidad que tenía de él y de llevarme ese recuerdo era más grande que todo lo demás.

Terminamos juntos, piel con piel, él dentro de mí. Gemimos y temblamos, tan envueltos en las sensaciones y terminamos abrazados mirando al oscuro cielo iluminado por las estrellas que se cernía sobre nosotros.

Un rato después nos marchamos de allí. Los dos íbamos en silencio, enfrascados, al menos yo, en todo eso que había sentido estando con él.

Cuando me dejó en la puerta del hotel, me dio un dulce beso de despedida.

—Nunca olvidaré esta noche —me miró intensamente y sonreí antes de entrar por la puerta. Cuando llegué, ya Silvia estaba en la cama, la saludé y me acerqué corriendo a la ventana para despedirlo.

Nos quedamos unos segundos más de lo normal mirándonos hasta que él se giró y se marchó.

—Uy, ¿y esa cara? ¡Quiero el chisme!

Silvia se levantó de su cama y se puso en la mía.

—No hay chisme —mentí.

—No sabes mentir —me recordó.

—Ya —puse los ojos en blanco—. ¿Te ha contado algo David?

—¿Del trabajo? Sí...

—Pues eso...

—Ese no es el tema, ¿te has acostado con él? —dijo mirándome fijamente.

—Sí —reconocí—. ¿No querías que viviera el momento? Pues eso hice —dije como quitándole importancia, como si hubiera sido solo sexo.

—Pero no fue suficiente, ¿no?

—No... Pero disfrutemos mientras podamos, ¿no? El futuro quién sabe.

—Parece que vas aprendiendo —rio.

—¿Y tú y David?

—Ay Elena... —suspiró— Ese hombre es especial, demasiado, creo que

me enamoré.

—Eso sí es un problema.

—Pues el mismo que tienes tú.

—Yo no estoy enamorada —negué rápidamente.

—No lo sabes aún o no lo quieres reconocer, que es distinto. Pero tú no te acuestas con un hombre por solo sexo, que nos conocemos bien...

—Estás exagerando las cosas, como siempre.

—Yo no exagero nada, solo las veo antes que tú. Y oye, me parece bien. Disfrutemos lo que nos queda aquí, vivamos lo que tengamos que vivir, cuando volvamos a casa... Pues ya se verá.

—Sí, ya se verá...

Ya con el pijama y en la cama, reviví esos momentos tan especiales que había tenido con Daniel. La dulzura con la que me trató y todo lo que mi cuerpo tembló al tenerlo dentro de mí.

Recordé su beso de despedida y su frase “Nunca olvidaré esta noche” y de repente una mala sensación me recorrió el cuerpo. Sonaba demasiado a una despedida para siempre.

Pero eso no podía ser, a todos nos quedaban unos días más. Quitó el pensamiento de mi mente y me centré en lo bonito que había vivido. Hasta que, por fin, pude quedarme dormida.



## Capítulo 7

Al día siguiente nos despertamos las dos algo más tarde, nos vestimos rápidamente, desayunamos algo aún más rápido y nos fuimos al centro de la ciudad. Había soñado con Daniel y estaba deseando volver a verlo.

Nos quedaban dos días para marcharnos y la cosa se terminaría pronto, así que esperaba poder disfrutarlos al máximo con él. Fuera como fuese, nunca iba a olvidar todos los momentos, por pocos que fueran, que ya habíamos pasado juntos.

Las seis de la tarde y no teníamos noticias de ellos. Siempre nos avisaban para cenar juntos y echar un rato, así que me extrañó que a esa hora aún no hubieran dicho nada.

Silvia, sin esperar mucho más, le mandó un mensaje a David, pero no obtuvo respuesta. Era raro, demasiado...

—Estarán aún liados —dijo ella, sin darle importancia.

Sí, podía ser. Además, tampoco es que tuvieran la obligación de estar a diario con nosotras o de darnos explicaciones, solo que supuse que después de lo que había pasado entre Daniel y yo la noche anterior... Al menos un mensaje, ¿no?

Cenamos algo rápido las dos solas y nos fuimos al hotel. Ya en la cama, miré el móvil varias veces, pero acabé quedándome dormida sin saber nada. Y a Silvia le pasó igual...

Al día siguiente, al ver que tampoco hablaban, fui yo la que le escribí. ¿Respuesta? Cero...

Me pasé el día con la mosca detrás de la oreja, pensando en qué podría pasar. Ya esa noche en la cama, miré a Silvia.

—Pues mañana se termina todo...

—Sí, volvemos a casa —suspiró ella.

—También necesitamos la rutina, fueron demasiados días aquí.

—Sí...

—¿Estás bien? —pregunté al notarla tan callada e insulsa.

—Sí... Bueno, me extraña no saber nada de David, solo eso. Me preocupa que le haya pasado algo.

—No pienses eso —dije porque yo era la primera que no quería pensar el algo así, peor aun sabiendo que si les pasó algo, nunca lo sabríamos—. Quizás es solo que como ya tuvieron lo que quisieron... —porque Silvia también se había acostado con David la noche que lo hice yo con Daniel, aunque le costó bastantes horas más tarde reconocérmelo.

—¿Quién es la malpensada ahora?

—No es ser malpensada, es mirar los hechos objetivamente. ¿Nos acostamos y desaparece? Pues tú me dirás.

Yo me sentía fatal, tanto por pensar eso como por saber que en el fondo no conocía a ese hombre y que podía haber hecho un papel y fingir para conseguir sexo y adiós muy buenas. Volvía a su casa, a su ciudad, con su mujer si tenía o miles de pensamientos y posibilidades que se me pasaron por la mente.

Y por mucho que no quisiera pensar algo así, la verdad es que no podía parar mi mente y negarme que esa posibilidad era la que parecía más acertada.

Por mucho que me doliera.

Porque hubiera sido simple que en vez de ir con segundas intenciones y dorando la píldora, hubiera dicho la verdad desde el principio.

En ese momento me reñí a mí misma, diciéndome que no eran las cosas

así, que habría una explicación lógica.

Sí, podía ser, pero nunca la sabría.

Mi mente en batalla y yo, enfadada, intenté dormir todo lo que pude.

A la mañana siguiente estábamos las dos en el aeropuerto, sentadas ya en el avión que nos llevaría de vuelta a casa.

Miré la ciudad desde las alturas cuando volamos y le dije adiós mentalmente a todo eso. Ya había terminado. Quizás la gitana sí tenía razón y había encontrado al amor de mi vida allí, si pensaba en lo que sentía con él, seguramente nunca lo sentiría por nadie más. Pero si era él, a la mujer se le olvidó decir que sería todo breve y que tendría que permanecer en el recuerdo.

Suspiré y miré a mi amiga, vi que tenía la misma cara de tristeza que yo, cogí su mano y la entrelacé con la mía, dándole ánimos.

Me lo agradeció con una sonrisa.

—Todo irá bien—le dije.

Afirmó con la cabeza, sabía que volveríamos a casa y las cosas volverían a la normalidad, tal vez nunca sacaríamos a esos hombres de nuestra mente, tal vez solo serían siempre un recuerdo.

Tal vez... Nunca más los volveríamos a ver.

Y teníamos que seguir adelante con ello.



## Capítulo 8

De vuelta a Madrid y a la rutina, con Silvia por los suelos y yo intentando de convencerme que no fue más que algo bonito mientras duró, pero lo cierto es que me había llenado tanto que ahora me sentía de lo más vacía.

Llevábamos unos días aquí, casa y más casa pero esa semana ya nos habíamos incorporado a nuestros respectivos trabajos.

Era viernes y hablamos de salir, así que tras terminar a las ocho en la academia, nos daríamos el encuentro en una parte del centro de Madrid y nos iríamos a cenar a un sitio de tapeo donde podríamos seguidamente tomar algo.

La última clase ese día fue amena, el grupo era muy divertido, así que para ser viernes hicieron de esa última clase una de esas de velocidad luz...

—Hola —dije al ver a mi amiga impaciente.

—No sé si es buena idea eso de salir —su cara era de tristeza.

—Silvia, ya es hora de levantar cabeza, pasó, fue bonito y terminó, como se terminan muchas cosas, pero ese no es motivo para perder la alegría.

—Pues no puedo con mi alma —decía mientras yo la empujaba a andar.

—Yo te la llevo —reí.

—¿Se acordarán de nosotras?

—Sí, todos los días y a todas horas —dije poniendo los ojos en blanco.

—Si lo viera le echaría una mirada de odio...

—Sí, de odio —negué, era imposible lidiar con ella con esa actitud.

—Si lo vieras te derretirías, volverías a perderte entre sus sábanas y él, seguramente, volvería a desaparecer —me mordí el labio, negando.

—Vaya ánimos...

—Anda, vamos a tomarnos dos buenos riojas con unas tapas —dije dándole una palmada para entrar dentro del exterior del local donde había una terraza muy chula en lo alto.

Entramos y... ¡Premio! Un grupo de 4 chicos sentados en la mesa de al lado de la que pillamos libre, unas mesas que me encantaban de troncos de árboles con bancos iguales a ambos lados, así que nos sentamos, ante esos ojos que nos miraban sonriendo y saludando con la mano.

Sonreímos moviendo la mano, no nos quedaba otra, eso o ignorarlos, pero visto que habíamos acabado de llegar y que no era malo saludar, mejor eso que estar incómodas pensando que nos ponían de antipáticas.

—Joder, qué buenos están —dije entre dientes, sonriendo para que no se dieran cuenta.

—Pero no como mi David...

—Joder nena, yo también me acuerdo de Daniel, pero no pienso morirme en vida...

—Yo ya estoy muerta...

—Te daba dos hostias que te revivía de golpe —resoplé.

Pedí al camarero una botella de rioja y una variedad de montaditos que ponían en una tabla.

—De aquí nos vamos a casa...

—Joder Silvia, si lo llevo a saber hubiera salido sola, vaya comienzo me llevas dado —protesté —, a la mierda David, que le den por saco junto a Daniel.

—Bueno vale, ya me callo, no se habla de penas —resopló.

—Hay que cerrar página, no puedes estar así...

— He dicho que me callo... —dijo dando un trago del vino que nos habían traído rápidamente —. Joder, no me lo puedo creer, mira quiénes vienen por ahí —dijo escondiéndose.

Me giré y ahí estaban, sonriendo, venían hacia nosotras...

—Buenas noches —dijeron de forma sincronizada, plantándose delante de nosotras.

—Hola —dije de forma borde.

—¿Qué coincidencia, no? —preguntó Silvia con sarcasmo.

—Para nada, estuvimos esperando a que Elena saliera de dar clases de la academia y la seguimos —dijo Dani sonriendo.

—¿Seguir para qué? —pregunté seria.

—Para estar aquí con vosotras. ¿Podemos? —preguntó Dani señalando a cada lado de nosotras para poderse sentar.

—Por mí como si os sentáis en la mesa —dijo Silvia en plan pasota.

—Madre mía, miedo da hablar —dijo David sentándose al lado de Silvia.

Llamaron al camarero y pidieron lo mismo que lo que hubiéramos pedido nosotras, le pusieron dos copas y se sirvieron de mientras de nuestro vino.

—¿Y ese afán por vernos? —pregunté mientras miraba la copa y la movía con la mano.

—Siempre lo tuvimos... —Daniel cambió el tono.

—Pues no se notó —sonreí irónicamente.

—¿Podemos explicarnos? —intervino David en tono ya más serio y cortante.

—Baja los humos, campeón —dijo Silvia.

—Hablar —dije con un gesto de manos.

—Aparecieron por sorpresa nuestras novias... —dijo Daniel.

—¿¿¿Novias??? —pregunté a chillidos mientras miraba a Silvia que estaba pálida.

—Sí, tenemos novia —dijo David.

—Pobrecitas —negué con la cabeza —, vaya partidos se han llevado, desde luego qué asco tener una pareja así que te anda poniendo los cuernos con las primeras que pillan.

—No te equivoques, solo la engañamos con vosotras, a los dos nos pasó lo mismo y no nos arrepentimos de ello —dijo Daniel enfadado.

—Encima hazte el víctima —dije mirándolo muy enfadada —. ¿Qué venís, a por otro polvo?

—Conmigo la va a llevar clara este —dijo Silvia señalando a David que parecía pálido.

—No venimos a por otro “polvo” —hizo gesto con los dedos de comillas —, venimos porque nos importáis y tenemos ganas de explicaros la verdad.

—Mira Daniel —dije mirándolo fijamente, —a mí me parece muy triste que tengas que mentir para echar un polvo, pero no me voy a lamentar, lo disfruté, lo hice porque quise y ya está, no me tienes que explicar más nada.

—¿Tan malos hemos sido? —preguntó David indignado.

—Parece ser que matamos a alguien —contestó Daniel.

—No si al final las malas vamos a ser nosotras —dijo Silvia negando.

—Bueno —pensé en ironizar todo lo posible y tomar el rumbo de la conversación, si querían fiesta la iban a tener, a seguirle la corriente todo —. ¿Desde cuándo estáis con vuestras parejas? —pregunté con la mayor ironía del mundo y mi amiga me mataba con la mirada.

—Daniel lleva cinco años y yo tres...

—Pues ya es hora de que os caséis... —Silvia seguía mirándome pero esta vez con una ligera sonrisa, estaba ya entendiendo que me iba a reír de ellos un rato.

—Ah no, yo por ejemplo estoy pensando ya en dejarla, desde que me pasó lo de New York me di cuenta de que no la amaba como creía —dijo Daniel no sé con qué intención, pero me importaba una mierda.

—No deberías de dejarla, hazme caso —dije tocándole el hombro —, yo era tú y le pedía matrimonio inmediatamente, te la llevas a un sitio romántico y le dices que le juras amarla y casi respetarla todos los días de su vida — sonreí irónicamente.

—No tienes tú guasa... —dijo David riéndose.

—No veas cómo las tiras... —Daniel negó con la cabeza.

—Verás, que esto no es tirarla, tirarla es lo que tú y él hacéis —sonreí de nuevo.

—Joder, qué rencorosa eres...

—Mira Daniel, si vas a venir a decirme qué soy o no, déjame decirte que tú precisamente eres el menos indicado.

—Nos conocimos, nos caímos bien, nos acostamos. ¿Te prometí la luna?

—Gracias a Dios que no, porque visto el valor que le das tú a ciertos compromisos, me alegro de que no me prometieras la luna...

—Vaya, no te debo haber pillado en un buen día —puso los ojos en blanco.

—Ni a mí— intervino Silvia —. Lo que pasa es que estoy calamita para cuando me toque mi turno.

—Vaya, pensé que me libraría de las lecciones de moralidad —puso cara de resignación.

—Ahí tienes la puerta, eso te libraré —dijo mi amiga sin titubear.

—No, no nos vamos a ir —saltó Daniel antes de que lo hiciera David, — nos vamos a convertir en vuestra sombras todos los días de vuestra vida — sonrió.

—Anda, si vamos a tener y todo perritos falderos. ¿Has visto Elena?

—Sí, pero vamos que ya se aburrirán...

—¿Aburrir? No nos conocéis entonces —decía Daniel mientras cogía un montadito.

—No había imaginado en mi vida que fuera a tener escolta —ironizó mi amiga —, por cierto, si queréis os paso mi horario laboral.

—No hace falta, tenemos el de las dos —le guiñó David el ojo.

—Estupendo. ¿Cuándo empezáis? —pregunté sonriendo como si no me importara.

—Empezamos desde que te seguimos hasta aquí —Daniel hablaba en tono calmado e irónico, en el mismo modo que ya estábamos todos.

—Una cosa. ¿También nos vais a copiar en lo que bebamos y tomemos? —preguntó Silvia y yo ya vi las intenciones.

—Claro. ¿No viste que pedimos exactamente lo mismo? —sonrió David.

—¡¡¡Camarero!!! —gritó Silvia —Si queréis jugar... ¡Empecemos!

El camarero se acercó sonriendo del chillido que le había metido.

—Por favor, traiga cuatro chupitos de Ron.

—Ahora mismo.

—Estamos con el vino —dije señalándole la otra botella que quedaba entera y riendo porque me veía venir la que iba a liar mi amiga, yo estaba dispuesta a seguirla.

—No pasa nada, se rebuja todo, si no nos hemos muerto con otras cosas peores, no creo que por rebujar vino y ron pase nada —dijo David aguantando la risa.

—Si hay que dormir en las escaleras de su casa, dormimos —dijo Daniel bromeando.

—Por eso no hay problema, os dejamos el rellano de nuestra puerta —Sonia aguantó la risa al decirlo.

—Eso, porque pasar creo que no nos dejaríais pasar, eso lo tenemos claro. ¿Verdad, David?

—Clarísimo... soltó una carcajada.

El camarero se acercó con los cuatro chupitos y lo puso sobre la mesa.

—Otros cuatro, por favor —dije para liarla un poco más.

—Ahora mismo —dijo el chico antes de retirarse.

—Creo que mi cuerpo está empezando a ser consciente de que será una

noche muy movidita —dijo Daniel

—No lo sabes tú bien —respondí sonriendo y afirmando con la cabeza.

—Estoy preparado —me guiñó el ojo.

—Lo veremos... —sonreí.

—Lo veremos —dijo levantando el chupete en plan salud, antes de tomarlo de un trago.

—Hicimos lo mismo los demás, con esa sonrisa digna de la más clara ironía de estar todo en plan bordes y a la yugular.

Dos horas después seguíamos tirándonos indirectas, cada vez más borrachos y bebiendo sin parar, la cosa comenzaba a irse de las manos, ya estábamos apoyados en la barra de la terraza exterior.

—¿Cuándo nos vais a perdonar? —David preguntó a cámara lenta, ya no podía ni con su voz.

—La lleváis clara, además os vamos a chantajear para no contarle nada a vuestras prometidas —dije chulescamente.

—¿A nuestras prometidas? Si se lo contáis vosotras, hasta nos hacéis un favor... —rió David y Daniel puso ojos en blanco.

Estuvimos toda la noche a pildorazos, Silvia en el fondo se le ponía cara de

enamorada y no lo podía remediar, pero se hacía la dura. Yo estaba en mi línea, sarcástica y borde, además de chula, mi ego lo tenía muy alto después de enterarme la razón por la que no nos buscaron.

Nos acompañaron hasta casa, en el portal comenzaron a bromear para que los dejáramos subir, nosotras nos negamos, riéndonos de ellos en toda su cara y cerrando el portón con la frase... ¡Hasta luego, Lucas!

Ahí lo dejamos, suplicándonos pasar pero no lo hicimos, no nos daba la gana de dejar que ellos ganaran y encontraran lo que ya hicieron en la ciudad de los rascacielos, esta vez no sería así, no éramos el segundo plato de nadie y eso lo teníamos muy claro mi amiga y yo.

Nos dormimos rápido de la borrachera que llevábamos, no sin antes intercambiar un poco del concepto que habíamos desarrollado cada una de ellos esa noche, en la que las dudas de lo que pasó quedaron despejadas, nos dolía pero al menos ya sabíamos la razón, además que coincidimos en que en el fondo había estado muy bien que nos hubieran buscado, aunque no lo reconocíamos a las dos en cierto modo nos había hecho muy feliz aquella aparición inesperada.

¿Volveríamos a verlos? No lo sabíamos pero ahora quedaba esperar eso que nos repitieron mil veces durante la noche y nos advertían de que se iban a convertir en nuestra sombra.



## Capítulo 9

Más que en nuestra sombra, yo, al día siguiente, comencé a pensar que tenían razón en que no nos iban a dejar en paz y que se iban a convertir en más que eso. Más bien en un grano en el culo. De esos que te salían en cualquier lado y que era de lo más molesto.

No eran ni las once de la mañana, por lo que me pareció ver cuando con los ojos medio cerrados miré la pantalla del móvil (y esa hora, teniendo en cuenta que nos habíamos ido de borrachera la noche anterior y que era sábado, pues era como ver amanecer para mí) cuando me levanté de la cama porque el timbre no paraba de sonar.

No iba a abrir, pero al notar la insistencia y ver que mi amiga ni se inmutaba, pues no tuve más remedio que levantarme y cuanto más sonaba, más me preocupaba. ¿Habría pasado algo? ¿Pero a quién? Si en la capital estábamos solas...

¿Un incendio en el bloque y las dos íbamos a acabar calcinadas?

Oh, Dios, dije con el corazón en un puño. Abrí rápidamente la puerta y me quedé con cara de imbécil.

—Buenos días, preciosa.

—El preciosa te lo puedes meter por el culo —respondí al saludo efusivo de Daniel.

—Vaya, veo que no tuviste buen despertar —sonrió.

—¿Viendo tu cara? Pues no, la verdad... Hasta luego —fui a cerrarles la puerta en las narices a los dos, pero Daniel lo impidió.

—Elena...

—¿Qué mierda quieres? Esto se puede llamar acoso. Nadie os invitó. ¿Qué hacéis aquí? —entre la borrachera y mi despertar, me había levantado de muy mal humor. Sin olvidar las insistentes llamadas en la puerta.

—Primero danos los buenos días —cuando vio que lo que hice fue matarlos con la mirada, suspiró—. Solo queríamos invitaros a desayunar...

—¿A desayunar? Que os den...

Y ahí sí que les cerré la puerta. Volvieron a llamar y la verdad es que me daba igual. Me choqué con Silvia al girarme y me dio un susto de muerte.

—Joder, avisa de que estás.

—Bueno... ¿de mal humor?

—¿Y cómo no? —comencé a caminar y me siguió— Después de verlos en la puerta.

—¿Verlos? —preguntó sin entender.

—¿No has escuchado que casi echan la puerta abajo?

—Pues sí, pero pasé —bostezó y yo puse los ojos en blanco—. ¿Eran ellos?

—Aja...

—¿Para qué?

—Querían invitarnos a desayunar.

—Oh... Elena, ¿y si...?

—No —negué rápidamente y la miré—. No lo han hecho bien y lo sabes. Ahora no hay perdón que valga.

—Pues me parece que van a cumplir con su promesa de darnos la tabarra.

—Se aburrirán...

—O no —rio ella.

O no... Quizás no, pero yo, al menos, no pensaba perdonarlo así, como si nada. Me había engañado, tenía novia y yo... Yo imaginando que entre nosotros había algo especial...

Me acosté de nuevo en mi cama y Silvia se tumbó conmigo.

—A veces pienso... —comenzó.

—Ese es tu problema. Que piensas. No pienses.

—Calla —me dio un cate en el hombro y siguió—. Necesitaba respuestas y ahora las tengo. Y no sé... Lo ha hecho muy mal.

—Sí, lo han hecho muy mal.

—Pero tal vez somos muy duras con ellos.

—Silvia... —la miré malamente— No somos duras, en realidad hasta hemos sido blandas por permitir que bebieran con nosotras. Tienen novia...

—Sí, pero no las quieren.

—Claro, por eso siguen con ellas —dije con ironía.

—Ya... Pero fue bonito.

—Eso sí. Pero pasó, ellos tienen su vida, nosotras la nuestra. Nos haremos a la idea de que fuimos solo un polvo, porque lo fuimos —dije, aunque en el fondo ni yo misma me creía eso cuando recordaba cómo me había hecho sentir esa única noche que pasamos juntos—. Que se casen, tengan hijos y sean infelices.

—¿Infelices? —rio— Dirás felices.

—No, dije infelices por dejarnos escapar —reí yo también.

—Pero a lo mejor sí sienten algo por nosotras y quieren una oportunidad.

—Yo no puedo decirte qué hacer, pero yo, desde luego, no voy a ser plato de segunda ni voy a ser la razón para hacerle daño a otra mujer —dije muy seria, eso no estaba bien, yo no me sentiría bien haciéndolo.

—Si las dejan y vienen... No es culpa nuestra.

—No, no lo es. Pero siguen con ellas, ¿no? Así que mientras esto pase...

Me callé, sabiendo que ella entendía el trasfondo de mis palabras. Las cosas no se hacían como ellos las hicieron. Por más mal que estuvieran en sus relaciones, siempre se podía acabar antes de engañar a alguien. Me jodía el tema, pero en parte, por ser él también lo entendía. O era mi parte romántica que me decía: eso ocurrió porque fuiste tú y...

Lo que fuera, lo hicieron mal.

Y nosotras no podíamos contribuir a hacer sufrir a nadie. Si querían insistir y seguirnos, que lo hicieran. Pero yo jamás, siendo consciente de ello, había estado con alguien comprometido y, desde luego, no iba a ser esa la primera vez.

Yo quería conmigo a alguien libre, no a alguien a quien compartir con otra. Incluso aunque su relación estuviera ya en las últimas. Nadie se iba a agarrar a mí como un clavo ardiendo, eso no me daría la seguridad que yo necesitaba.

Así que lo único que me quedaba era torearlo cuando intentara acercarse de nuevo hasta que se aburriera. Porque yo, segunda opción no era.

Nos quedamos un rato más las dos dormidas, al despertarnos ya era mediodía. Nos levantamos, nos tomamos un café rápido para despejarnos, un ibuprofeno para la resaca y después de una ducha, decidimos pasar el día fuera, mejor que nos diera el aire que quedarnos ahí metidas todo el día dándole vueltas a la cabeza.

Un rato después, estábamos sentadas a la mesa en un centro comercial. Habíamos pedido las bebidas y unos montaditos, teníamos un hambre... Al menos yo, en ese momento podía comerme una vaca cruda si es que me la ponían delante.

—Hola.

Me atraganté con el refresco cuando oí el saludo de Daniel. No puede

ser..., pensé.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Silvia, alucinada, tanto como yo.

—Os seguimos. Por cierto, no hace falta conducir tan rápido por el centro de Madrid —le riñó David a ella que era quien llevaba el coche.

—Conduciré como me dé la gana —dijo de mala manera y yo pestañee varias veces cuando se sentaron a nuestro lado. David al lado de Silvia, Daniel al mío.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté yo esa vez.

—Os seguimos —repitió Daniel en esa ocasión—. Y menos mal que os dio por salir porque ya estábamos pensando que a lo mejor pasabais el día en casa y que tendríamos que volver a intentar que nos abrierais la puerta.

—¿No os quedó claro esta mañana que nos dejarais en paz? —pregunté. Nos trajeron los montaditos y ellos aprovecharon para pedir lo suyo.

—Sí, pero como no entendéis las cosas, pues... —dijo David.

—¿Y qué se supone que es lo que no entendemos? —preguntó Silvia, enfadada.

—Que queremos estar con vosotras —respondió él.

—¿Teniendo novia? —dije yo, tocando de nuevo el tema estrella.

—Las relaciones y sí, hablo por los dos —intervino Daniel—, llevan mucho tiempo muertas. Apenas las vemos y ambos vivimos lo mismo. Lo de Nueva York iba a ser un alivio.

—Di más bien que la excusa perfecta para seguir siendo cobardes porque no sois capaces de darla por finalizada sin una excusa —dije con rabia.

—No es así, Elena... Si me dejaras explicarte.

—Daniel, de verdad. Es que no tienes que explicarme nada.

—Sí, hay cosas que explicar —dijo David mirando a Silvia—. Solo os pedimos que nos escuchéis. Toda la verdad.

—No —dijimos ella y yo a la vez.

—Vale, pues seremos vuestra sombra, como os dijimos ayer, hasta entonces —David se encogió de hombros.

—¿Y ellas? ¿Cómo vais a maquillar vuestra ausencia? —pregunté pensando en que si iban a estar como decían, tan pegados...

—Están acostumbradas desde hace mucho —dijo Daniel.

—Qué cinismo... —suspiré. Porque, aunque en el fondo me sintiera halagada por ser el “objeto de su deseo”, cosa mala pero el ego era así y no se podía evitar, seguían sin hacer las cosas bien.

Empecé a hablar con Silvia pero no nos dejaban. Ellos intervenían en todo y al final casi ni comí, Daniel me tenía de los nervios.

—Ha sido un placer volver a veros —dije con ironía y me levanté de la mesa para marcharme, Silvia hizo lo mismo.

—Esperad, ya terminamos...

—No, Daniel. No tenemos nada que esperar, que os vaya bien.

—¿Pero dónde vais? —preguntó David, dándose prisa, repentinamente, en comer.

—De shopping —sonrió Silvia y le dijo adiós con la mano.

Y eso mismo fuimos a hacer, irnos de tiendas, el centro comercial era inmenso y si les daba por seguirnos, nos perderían rápidamente de vista, eso sin antes no se aburrían.

En la tercera tienda en la que entramos, me di cuenta de que insistentes eran, eso seguro. Estaba yo tan tranquila buscando la talla de una camisa que vi en el perchero, fui a girarme para enseñársela a Silvia que sabía andaba cerca cuando casi muero del infarto a ver a Daniel.

—Creo que ese estilo te debe de sentar muy bien —sonrió.

—¿Pero qué mierda...? —tomé aire, no iba a armar un espectáculo allí—  
¿En serio nos vais a seguir?

—Te dije que me convertiría en tu sombra —se encogió de hombros.

—Daniel, eso es acoso, por si no lo sabes...

—No, sabes que no, no se te ve mal en mi compañía. Al revés, disfrutas de ella.

—Yo no disfruto de nada. Acosador —refunfuñé y me giré para ir al probador y ver cómo me quedaba—. ¿Adónde vas? —pregunté cuando noté que me seguía. Llegó a mi altura y seguía sonriendo.

—Contigo, a ver cómo te queda.

—Tú no tienes que ver nada...

—Bueno, pero quiero. Eres mi futura novia, mi esposa seguramente, así que quiero ver cómo te queda lo que te compres.

—¿Tú qué? —pregunté con la boca abierta. A ese hombre se le iba la olla— Mira, déjame en paz —resoplé y caminé rápidamente hacia los probadores.

Le entregué a la chica las prendas para que me diera la tarjetita con la que tenía que entrar.

—Voy con ella —dijo él, haciendo el amago de seguirme.

—Caballero, nadie entra sin una prenda. Normas de la empresa —dijo la chica, educada y yo sonreí, triunfo y alivio para mí.

Daniel miró alrededor, cogió una prenda del perchero de ropa que la gente no iba a llevarse finalmente y la dejaba ahí y se la dio a la dependienta. Ella la miró y después lo miró a él de nuevo.

—¿Se va a probar esto? —señaló.

En ese momento me fijé en la prenda, había cogido un camisón negro, bastante sexy... De mujer.

—Sí, es para mi show de travestismo —dijo él rápidamente.

—Entiendo... —la pobre chica no sabía dónde meterse y yo me reí. Y al ver que no iba a poder librarme de él ni allí dentro, me giré y entré en el primer probador que había libre, suspirando de alivio cuando pensé que no

podría saber en cuál estaba, porque me daba la impresión de que ese hombre no iba a darse por vencido tan fácilmente.

Con las cortinas bien echadas, colgué la prenda en el perchero, mi bolso y me dispuse a quitarme la camisa para probarme la nueva. En ese momento, mi cortina se abrió y fui a chillar hasta que lo vi entrar.

—¿Qué haces aquí? —pregunté agobiada.

—Menos mal que no me equivoqué de probador, no tenía ganas de salir de la tienda con las esposas puestas —echó las cortinas de nuevo, tan tranquilo y se sentó en el banquito que había tras colgar su sexy camisón en el perchero—. Vale, ya puedes.

—Estás loco... ¿Quieres hacerme el favor de dejarme en paz?

—No.

—Daniel... Voy a empezar a chillar si no te vas de aquí —le advertir.

—A ver si lo entiendes, Elena. Te dije que me convertiría en tu sombra hasta que me escuches y me entiendas, lo que significa que si entras en un probador a probarte ropa, yo entraré contigo.

—Eso no puede ser... Es acoso.

—Lo que tú digas, pero sabes que no lo es. Aún no chillaste, porque no te estoy acosando, te gusta que sea así, además.

—¿Que seas imbécil? Lo dudo...

—Imbécil fui, sí, por no decirte la verdad desde el primer momento.

—No quiero hablar de eso y menos aquí.

—Pero hablaremos...

—No, no lo haremos, porque me vas a dejar en paz.

—No, no lo haré. Así que venga, no podemos quedarnos todo el día aquí, quítate la ropa.

¿Que me quitara la ropa? ¿Pero ese hombre estaba loco o qué?

—Te sales, por favor...

—No, ya te vi desnuda y créeme que me gusta lo que veo. Así que venga, deja de ser mojigata que no es nada del otro mundo, pruébate la camisa.

Estaba pensando seriamente en ponerme a chillar como una loca.

—O te la quitas o te la quito —insistió.

Y en ese momento me entró la chulería mía. Pensando que era un gilipollas de primera, si lo que quería era sacarme de mis casillas, que lo conseguía además, no se lo iba a demostrar. Cuanto antes me probara la dichosa camisa, antes saldría de ahí y podría ver cómo darle esquinazo.

Así que sin pensármelo más, comencé a desabrochar la que llevaba, me la quité y me puse rápidamente la nueva.

—Te queda perfecta —dijo mirándome.

—Gracias —me miré en el espejo y la verdad era que sí, que me quedaba más que bien.

—Te la llevas, ¿no?

—Aja...

Me la desabroché y me puse la mía. Comencé a ponerme los botones y ni cuenta me di de que se había levantado hasta que ya lo tuve pegado a mi cuerpo y con sus manos en las mías, evitando que la abrochara.

—Daniel... —le advertí.

—Me jode que las cosas pasaran así —dijo sin mirarme, con mi camisa entre sus manos y mirando mi piel.

—No es momento...

—Ya sé que no, pero verte... —levantó la cabeza y me miró fijamente—  
No fuiste un simple polvo, no fuiste un desahogo.

—No, claro que no —dije con ironía.

—Sabes que no. Sabes que lo que sentimos era real, Elena y yo también me asusté por ello. Es la primera vez que la engaño.

—Y yo me lo tengo que creer...

—Lo haces, porque aunque te joda, me conoces y sabes que no te miento.

—Yo no sé cuándo mientes...

Me hizo moverme para atrás, mi espalda pegada en el cristal.

—Sí lo sabes, al menos sabes que el deseo existe.

—Daniel... —mierda no, no podía tenerlo tan cerca.

—Esa noche te hice el amor. Y fue real. Y sincero —acercó su boca a la mía y yo temblé, porque yo sí lo deseaba de verdad, pero ¿él? No podía confiar, me había mentido, ¿cómo creerlo ahora? —Y no puedo sacarte de mi cabeza desde entonces.

—Lo harás...

—No, lo intenté. Solo necesito besarte, Elena... —dijo sobre mis labios.

—No —no, no podía, él no era un hombre libre.

Acarició mis labios con los suyos, tentándome.

—Sabes dulce. Tu cuerpo sabe dulce —un escalofrío me recorrió, reviviendo ese momento en que estuvimos juntos—. Me gustaría saborearlo cada día.

—Daniel, déjame...

—No... Al menos déjame probarte una vez más.

Y sin esperar más, fue a por mi boca. Insistente, sin delicadeza y sin timidez y yo me maldije a mí misma cuando cedí a su demanda, abriendo mis labios, buscando su lengua con la mía. Sus manos acariciaron mi cintura y me pegó más a su cuerpo. Instintivamente abrí las piernas un poco para poder sentir su erección. En ese momento no pensaba, solo quería sentirlo, como él había dicho, una vez más.

Pero salí de esa neblina rápidamente al recordar dónde nos encontrábamos. No podía ser... Él lo notó y terminó con el beso.

—No vuelvas a hacer eso —lo empujé para atrás y me dispuse a

abrochar mi camisa.

—Lo haré, Elena, porque después de ese beso me has demostrado lo que querías.

—¿De qué estás hablando?

—Me deseas, no lo dudaba pero sí puedo ver que no tienes tantas defesas para conmigo como tú quieres hacer ver.

—Eres un gilipollas pretencioso.

—Puede ser, pero también soy sincero. Me deseas, te deseo. Insistiré porque te quiero cerca de mí.

—¿Como la otra? —pregunté con rabia porque él me considerara tan débil.

—No. Nunca —dijo ferozmente.

—Pues eso, nunca —cogí mi bolso, dispuesta a marcharme.

—Espera —me agarró del brazo antes de que abriera las cortinas del probador—. Me dejarás explicarlo, Elena.

—No, lo que tenía que saber ya lo sé. Daniel, de verdad, no merece la pena todo esto por un simple polvo.

—No es solo un polvo para mí —dijo enfadado.

—Pero lo fui en su momento —esa era la verdad.

—La verdad es que estaremos juntos, me cueste lo que me cueste.

—Estás con otra —le recordé y él apretó la mandíbula, fue a hablar pero lo corté—. Mejor dejemos las cosas así.

—No podemos, es nuestro destino.

—El destino solo se reía un rato. Déjalo, Daniel y sé feliz.

—Lo seré, contigo. Cuando nos casemos. Lo dijo la gitana. Empieza a asimilar que el amor de tu vida soy yo.

No sabía si reír, chillar, llorar o qué cuando la nombró. Gruñí, eso hice y salí de allí. Me encontré a Silvia y vi su cara de “este no me deja”. La agarré

del brazo, separándola de David, Dejé la camisa que pensaba llevarme en el primer perchero que vi y salí de allí, jalando a mi amiga, rezando porque esos dos nos dejaran en paz lo que restaba de día.



## Capítulo 10

El domingo no salimos de casa por miedo a encontrárnoslo. Afortunadamente, el sábado nos dejaron en paz y no volvimos a verlos, pero no nos fiábamos de ellos. Así que decidimos quedarnos en el sofá, pedir comida a domicilio y disfrutar de todas las películas de comedia romántica que echaran en la tele ese día.

Y ya era lunes, nueva semana, nueva rutina...

Nueva mierda, pensé cuando, al salir del colegio, me lo encontré en la puerta.

—Joder... —fue mi saludo.

—Bonita forma de saludarme —sonrió.

—¿Y cómo quieres que te salude?

—Hola, cariño, ¿cómo estás? Eso después de mi beso, claro.

—No eres mi cariño...

—Lo seré.

—No, no serás nada, solo un grano en el culo —seguí caminando y él se colocó a mi lado.

—¿Adónde vas?

—No te importa.

—Sí, sí que me importa. Sobre todo porque tengo el coche aparcado ahí. En doble fila...

—Pues ya tardas en montarte en él.

—Dirás en montarnos —me cogió del brazo y lo miré con ganas de asesinarlo.

—No voy a montarme contigo en un coche.

—¿Por qué no? —preguntó y yo no iba a responder a eso, ¿qué le iba a decir? ¿Que me fiaba de él pero no de cómo podría reaccionar si a él le daba por tocarme de nuevo.

—Porque no me da la gana —dije.

—¿Tienes miedo? —preguntó con sorna.

—¿De ti? No, te puedo querer matar, pero miedo no.

—Tienes miedo de lo que te hago sentir —me paró y me hizo mirarlo a la cara.

—Eres un engreído, ¿lo sabías?

—Solo contigo. Tú me haces sentirme así.

—No, si ahora todo será culpa mía —reí sin poder evitarlo.

—Es lo que me provocas, lo que provocho en ti... quizás ambas cosas, no lo sé. Pero me gusta eso.

—Daniel... Estamos en la puerta de un colegio —me solté de su agarre —. Déjame ir.

—Conmigo. No tienes más opciones, no vamos a discutirlo en la puerta de tu trabajo, ¿verdad?

—Estás jugando sucio...

—Me da igual, no hago nada malo, solo juego mis cartas. Y quiero tenerte cerca un rato.

—En la vida no todo se trata de lo que tú quieres.

—Si se refiere a nosotros también es sobre lo que tú quieras y tienes tantas ganas de que te bese como las que tengo yo de besarte. Así que tú decides. O te beso aquí y que lo vean todos o te montas en el coche, te dejo sana y salva en casa y devoro esa boca que me tiene loco antes de que te bajes

y te vayas.

—No hablas en serio —reí.

—Oh, créeme, sí que lo hago —rio pero lo dijo con seguridad.

Resoplé, si es que desde el primer momento supe que iba a montarme en ese coche. Mierda...

—¿Nos vamos? —preguntó segundos después.

Me monté en el maldito coche refunfuñando. No podía ser que siempre ganara él.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté ya una vez que conducía— Es mejor dejar las cosas como están, Daniel.

—No puedo. Ni quiero. Y tú, si fueras sincera contigo misma, verías que te pasa igual.

—Fue una noche.

—Fuiste más que eso y lo sabes. Y joder, lo hice mal, pero no quiero perder lo que he encontrado contigo. No quiero dejar de sentir lo que siento contigo.

—Estás con otra... Es con ella con quien debes de estar.

—Hablares de eso pronto.

—Que no, joder, que no tenemos nada de lo que hablar. Solo entiende que entre nosotros no va a haber nada. No eres un hombre libre, incluso si lo fueras... Que no, que me mentiste.

—Me deseas.

—Sí, joder, sí te deseo —estallé—. Pero eso no es una razón suficiente para ser segundo plato de nadie.

—No eres una segunda opción —llegamos a la puerta de mi casa y apagó el motor, se giró para mirarme y suspiró—. Solo quiero que me escuches todo lo que tengo que contarte. Los dos solos.

—Como si fuera a creerte a estas alturas.

—Tal vez no, pero te contaré toda la verdad.

—No la necesito, Daniel.

—Sí que lo haces... Porque deseas tenerme cerca tanto como yo deseo tenerte aquí.

—Es solo atracción sexual, se nos pasará.

Cogió mi cara entre sus manos y me miró fijamente a los ojos.

—No, no se nos pasará tan fácilmente —susurró antes de atacar mi boca y devorarla, de nuevo, sin control.

Gemí entre sus labios, no pude evitarlo y me reproché mentalmente que mi cuerpo reaccionara así a su cercanía. Cuando dejó mis labios libres, acarició mis mejillas con sus pulgares y suspiró.

—No... No voy a dejarte escapar.

Dije algo así como un oh, dios mío en mi idioma, porque mejor no decir lo que en verdad salió de mi boca para no herir sensibilidades y me bajé del coche, elevando una plegaria y las manos al cielo por lo que me quedaba por aguantar con ese hombre obsesivo.

Pero ¿por qué, Dios? ¡¿Por qué?!

Me seguía preguntando eso cuando entré en casa.

—Eso digo yo, ¿por qué? —preguntó Silvia, sentada en el sofá con cara de derrota.

—Espera... —dije imaginándomelo, porque actuaban como siameses—  
Te ha ido a buscar a la clínica.

—Sí, ¿cómo...? Oh, mierda —puso los ojos en blanco—. ¿En el colegio?

—Estaba esperándome fuera cuando salí y medio me obligó a traerme en su coche.

—Pues igual entonces, vamos, que actúan igual.

—Aja... ¿Y te besó, no?

—Sí...

—Estamos jodidas. Y no sé qué es lo que quieren.

—Pues si creemos en lo que dicen, a nosotras.

—Muy bien, pero la jodieron, ya no sirve.

—No creo que se den por vencidos tan rápidamente.

—Pues en algún momento tendrán que hacerlo.

—¿Y si no?

—No lo sé... La verdad es que no lo sé...

No tenía ni idea porque sabía que si seguía viéndolo y, sobre todo tocándolo, me costaría la vida mantenerme cerca de él.

Estuve toda la tarde intentando no pensar en él, además, tenía trabajos que corregir y podría evadir mi mente unos segundos, pero al final Silvia y yo volvíamos al mismo tema.

Los días siguientes nos confirmaron que no iban a darse por vencidos y yo estaba ya queriendo jalarme de los pelos porque, además, cada día que lo veía, día que me besaba y así no había quien se hiciera la dura porque mi cuerpo en ese momento no me pertenecía. En ese momento el control era absolutamente suyo.

Y, además, cada día se superaban más. El martes salí del colegio mirando para todos lados, esperando encontrarlo allí, pero no estaba, así que imaginé, aliviada en parte y desanimada porque no estuviera, que quizás por fin iba a dejarme tranquila. Nada más lejos de la realidad. Estaba esperándome en la puerta de la estación de metro que yo solía coger porque parecía ser que ese día había tenido que dejar el coche en el taller para una revisión rápida. Así que me acompañó hasta casa, despidiéndose en el portal con un beso que me robó el aliento.

El miércoles me lo encontré por los pasillos del colegio, había entrado y preguntaba por mí. Con un ramo de rosas en la mano y dejándome en evidencia delante de todos mis compañeros. Y de los alumnos, que era peor aún. Casi lo

mato...

El jueves salí de casa por la mañana un poco más tarde porque tenía médico y avisé de que llegaría un par de horas más tarde. Mi sorpresa fue mayúscula cuando bajé a la calle y me lo encontré ahí.

—¿Qué haces aquí? —pregunté resignada.

—Me dijo David que tenías médico. Quise venir y acompañarte.

—¿Y David cómo...? —me callé y puse los ojos en blanco, sabía de más cómo, iba a ponerle un bozal a mi amiga.

—¿Para qué vas al médico? Me preocupaste...

—No tienes que preocuparte por mí, soy mayorcita para cuidarme sola y, además, no soy nada tuyo.

—Sí lo eres, serás mi esposa.

—Joder, Daniel, ¿fumas algo adulterado o qué? —reí.

—Lo dijo la gitana.

—Te recuerdo que te reíste de la profecía de la gitana en su momento.

—Sí, hasta que te comencé a conocer. Pero da igual, el tiempo me dará la razón. ¿Para qué vas al médico?

—Nada, solo rutina —comencé a caminar para ir a coger el metro.

—No, vienes en mi coche —me cogió de la mano y tiró de mí.

—¿Qué? No, voy como siempre. Déjame y vete a trabajar.

—Soy el dueño de la empresa, llegaré cuando quiera, así que móntate y después te dejo en el colegio.

—No me jodas... ¿Estás hablando en serio?

—Sí —dijo con un tono que no dejaba lugar a dudas.

—Joder... —resoplé— ¿Pero qué hice yo en otra vida para tener que cargar con este karma?

—En otra vida no sé, en esta fue...

—¿Qué...? —insistí, deseando soltarle una fresca.

—Ponerte en mi camino y hacerme sentir lo que nadie consiguió nunca.

Mierda, me dejó de piedra con eso. Pero no, no podía confiar en él. Como tampoco tenía que haber confiado para montarme en ese coche y no solo por el beso que me dio allí dentro, que me dejó temblando. Sino también porque me dejó más imbécil de lo que era. Y cuando llegamos a consulta, los dos juntos porque mi grano en el culo no iba a dejarme ir sola, no sé cómo se las ingenió para sentarse a mi lado, ya dentro de la consulta del médico, como si fuera algo más de un imbécil que no me dejaba en paz.

—¿Y usted es? —preguntó el doctor ya que nunca lo vio por allí, no conmigo al menos.

—Su novio.

Dijo él tan tranquilo, haciéndome toser hasta casi morirme por aguantarme la sorpresa y la risa y no mandarlo a la mierda delante de mi médico, quien se lo había creído. Cosa que todos se creerían si lo decía tan convencido.

Y allí estuve, con él, esperando que me dejara en el colegio, tras comprobar que yo estaba muy sana y pudiera pasar sin verlo lo que restaba de día.

Y al día siguiente, pues ya veríamos. Porque así era como se estaba convirtiendo su amenaza de convertirse en mi sombra en ya toda una rutina en mi vida.

Y cuanto más pasaban los días, más notaba yo que, al contrario de aburrirse, todo eso no hacía más que acercarnos a los dos y no podía permitirlo.

Tenía que ponerme ya en mi lugar y ser yo la que comenzara a jugar. El problema era que: ¿podría yo ser capaz en ese momento de echarlo para siempre?

Porque por más que me jodiera reconocerlo, la verdad era que estaba

deseando que llegara siempre el día siguiente para volver a estar un ratito con él.

Y eso solo significaba una cosa. Estaba jodida y si eso seguía así, iba a ser él quien ganara la batalla. Y a mí, en ese instante, ni siquiera me importaría perder.



## Capítulo 11

Ese viernes tuve una sensación agridulce. Por una parte de alivio al ver que salía del colegio y no lo encontraba. Por otra parte me dio hasta pena, ya que se me estaba convirtiendo en costumbre el verlo. Pero siendo sincera, era lo mejor que me podía pasar. Él tenía novia y yo no estaba dispuesta a meterme en medio de nada, no era de esa clase de personas. Si lo hubiera sabido en Nueva York, no lo habría vuelto a ver más.

Silvia trabajaba esa tarde, así que llegué a casa, me preparé algo rápido de comer y me tiré en el sofá a vagar. Estaba de lo más tranquila hasta que llegó la loca de mi amiga.

—Vaya día he tenido... —se dejó caer a mi lado y resopló.

—Como todos tus días. Yo aguanto niños, tú animales.

—A mí los animales me dan igual, pero los dueños...

Me reí porque era exactamente lo que me pasaba a mí en el trabajo. Los niños eran fáciles de llevar, además, yo tenía como una especie de don para ello, pero otra cosa muy diferente eran los padres. Me sacaban de quicio la mayoría de las veces, para qué negarlo. Eran la pesadilla de cualquier docente.

—Bueno, ¿me ducho y nos vamos?

—¿Nos vamos a dónde? —no, ya me lo estaba imaginando...

—A dar una vuelta, cenamos algo rápido por ahí y después una cerveza o algo.

—No.

—Venga, no seas sosa.

—No soy sosa, estoy cansada y tú también.

—Pero no vamos a quedarnos en el sofá.

—¿Por qué no? No tiene nada de malo. Sofá, peli y palomitas.

—Sí y el pijama de la abuela. Anda, necesito evadirme de tanta tensión.

—Yo me pongo a pegarte con los guantes de boxeo si quieres —lo que fuera menos salir.

—Vamos a salir —dijo levantándose.

Refunfuñé, siempre igual. ¿Es que no podía dejarme en paz?

—Peli y sofá... —insistí siguiéndola— Porque de borrachera paso —y sabía que eso era lo que iba a pasar saliendo un viernes por la noche, eso de una cerveza solo ya era cuento viejo.

—Media hora tienes —me cerró la puerta del baño y yo puse los ojos en blanco. Me fui a preparar mi ropa para ducharme cuando ella terminara.

—Joder, si es que no sé por qué, encima, hago lo que le da la gana —resoplé cuando saqué la ropa que iba a ponerme.

Una hora y poco después, estábamos las dos listas para irnos a cenar. El restaurante mexicano de siempre y el pub de siempre. ¿Para qué variar?, pensé irónicamente.

Pero la verdad es que se estaba bien en ese lugar, la música, el ambiente, la gente... Te cambiaba el humor sin ni siquiera necesitar beber una copa de alcohol, Pero bebimos e íbamos ya por la segunda copa cuando comenzó el desastre de noche.

—No mires atrás —dijo Silvia de repente.

Hay algo que la gente no suele entender, y es que el simple hecho de decir no mires, significa que quien sea, instintivamente, va a mirar. Como si te dicen mira disimuladamente... Mirarás de forma descarada, porque lo de disimuladamente no lo entiende nuestro cerebro.

Así que hice lo que tenía que hacer, es decir, lo contrario a lo que me había pedido. Miré atrás.

Y entonces me quedé de piedra y quise, por una vez, haberle podido hacer caso a su advertencia.

—No me jodas... —me salió del alma, miré a mi amiga, quien estaba como yo, casi con la boca abierta.

—¿Crees que serán...?

—Sin dudas.

Nos quedamos mirándonos la una a la otra, esperando que no fuera cierto, pero lo era. Los cuatro acabaron sentándose en la mesa de al lado y yo ya no sabía dónde meterme, porque debajo de esa mesa como que no iba a caber.

Noté el momento exacto en el que Daniel se dio cuenta de mi presencia allí y podía jurar que la tensión se hizo cargo de su cuerpo. Lo miré disimuladamente, y vi cómo apretaba la mandíbula sin apartar la vista de mí.

Hasta que la morena de al lado, con quien había entrado agarrado de la mano, le dijo algo y él desvió la mirada y se centró en ella.

—No me lo puedo creer... —susurró Silvia.

—Ya, yo tampoco —adiós a la noche relajada que queríamos las dos, adiós a evadirnos y a todo lo demás. Estaban ahí, los dos, con sus respectivas novias. Quienes, para más inri, la verdad es que eran guapísimas y con un buen tipo.

—¿Y si nos levantamos y nos vamos?

Miré a mi amiga con la sorpresa en mi cara, mis cejas enarcadas. No podía creerme que ella fuera quien hiciera un comentario de esa clase. Más bien debería de haber salido de mis labios, pero como seguía impactada, ni siquiera me dio tiempo a acobardarme.

—No —dije, simple y llanamente.

Porque no me parecía justo. Nosotras habíamos llegado antes, con ganas

de divertirnos y ahora, por más que nos jodiera verlos con sus parejas, ¿por eso teníamos que cambiar nuestros planes y salir de allí corriendo como si hubiéramos hecho algo malo? Pues no. Era cuestión de orgullo y el mío, en ese momento, hizo acto de presencia.

Cogí mi copa y me la terminé de un trago. Levanté la mano, haciéndole señas al camarero para que nos trajera otra. Iba a emborracharme, seguro, pero no iba a irme de allí.

—¿Nos vamos a quedar aquí? —no sabía si mi amiga estaba más sorprendida por eso o por haberlos visto a ellos con sus novias.

—Claro...

—Elena, sabes que no soy cobarde, pero es que...

—No, no nos vamos a ir. Porque irnos es darles la razón de que esto nos duele y no me da la gana. Bastante han jugado ya con nosotras, ¿no crees?

Después de esa semana, después del numerito en el médico... Joder, guardaba al menos la esperanza de que pudiera dejarla. No ya por estar conmigo, sino por él, tanto que decía que no la quería. Y sin embargo, ahí estaba con ella.

El camarero llegó con las dos copas y yo brindé con mi amiga.

—Para ver si alguna vez encontramos a unos hombres de verdad —casi grité, con la intención de que me oyera.

Me costó la vida, pero conseguí animar a Silvia a que dejara el agobio y el miedo y se comportara como si no estuvieran. Aunque era difícil, las dos estábamos bastante pendientes a ellos.

Y ellos a nosotras...

Con solo una rápida mirada de reojo, podía encontrarme con sus ojos fijos en mí. Rezaba porque la pobre chica, que tenía una cornamenta importante, al menos que no se diera cuenta.

Las risas en nuestra mesa no dejaban de escucharse, yo no iba a permitir

que, después de todo, pensarán que todo eso nos estaba afectando. Una copa después más, tuve que levantarme para ir al baño. Me agarré a la mesa para evitar caerme porque ya todo me daba vueltas, iba a emborracharme pero bien...

Caminé lentamente hacia la zona oscura donde estaban los servicios, entré en el de señora. Era grande, era lo bueno de ese lugar, tenía tres baños independientes dentro y en momentos en los que bebes, es necesario porque pensando que ni siquiera puedes mantener tu cuerpo en equilibrio, como para mantener el bolso y todo lo demás.

En fin, las mujeres podéis entenderme en eso.

Abrí la puerta de uno de los baños y entré, casi me caigo de culo al váter cuando me empujaron, fui a chillar... Hasta que lo vi a él.

Entonces también estuve dispuesta a chillar. Cogí aire para hacerlo, pero él me lo impidió, poniendo la mano en mi boca.

Lo mordí como pude y me soltó.

—¿Qué haces aquí? —pregunté alucinada.

—Te he seguido al baño —dijo como si fuera lo más normal.

—Ya, eso es obvio —gruñí—. ¿Para qué?

—Elena, no es lo que crees.

Una carcajada irónica salió de mi garganta.

—No... Has entrado en un bar de copas, con tu novia de la mano y ¿me estás diciendo que no es lo que vi?

—Mierda, sí es lo que viste. Pero las cosas no son tan fáciles.

—Deja el cinismo, Daniel. Además, no te estoy pidiendo ninguna explicación. Es tu novia, sal y haz con ella lo que te dé la gana. Además, te lo dije, deberías casarte. No tienes que darme explicaciones.

—Te quiero a ti.

—¿Me quieres a mí cómo? ¿En tu cama? Qué bonito... —dije

despectivamente.

—Elena...

—Elena nada, no tienes derecho a invadir mi intimidad así. Joder, espero, por el bien de tu novia, que no te vean salir de aquí.

—Las cosas no son como piensas.

Puse los ojos en blanco, me importaba poco lo que me quisiera decir, por mí que me dejara en paz.

Intenté moverme para poder salir de ese cubículo, pero lo único que conseguí fue pegarme más a él, cosa que aprovechó para agarrarme por la cintura.

—No te atrevas —le advertí.

—Necesito hacerlo. Necesito besarte.

—Ay, sí. Necesitas besarme porque no tienes suficiente con ella.

—No seas injusta, sabes lo que siento por ti.

—¿Qué sientes por mí? No puedo ni escucharte, déjame salir...

—No, aún no.

E hizo lo de siempre, atacó mi boca, poseyéndola como si le perteneciera y de nada sirvieron mis intentos por separarme de él, mi cuerpo, en momentos así, le pertenecía por completo y mi mente no podía negarse a ello.

Se apretó contra mí a la vez que me aprisionaba contra la pared y gemí cuando el beso se hizo más profundo. Movié sus caderas, su erección en mi entrepierna.

No podía ser... No podía dejarme sin voluntad, cada vez que quisiera, con un simple beso.

Y mi cerebro pareció entenderlo porque dejé de corresponder a su beso y levanté la rodilla, golpeándolo donde más le dolía.

—Oh joder... —dijo casi sin aliento, separándose de mí, con las manos en su miembro y doblando medio cuerpo.

—No vuelvas a hacerme eso en un sitio así.

Fui a abrir la puerta, pero me agarró por el brazo.

—Elena, espera. Lo siento, pero no puedo evitar sentir cuando te tengo cerca.

—Con quien deberías sentir es con la que lleva el título de tu novia. A mí déjame en paz porque te vuelvo a repetir: no soy segundo plato de nadie. No soy segunda opción de nadie y, sobre todo, no me gusta que me mientan.

Vi cómo mis palabras le dolían y me marché antes de que intentara excusarse. Tal vez me había pasado, no lo sabía, pero no podía dejar que mientras intentaba estar conmigo, siguiera con su relación.

No podía permitir que jugara conmigo.

Llegué a la mesa y no hizo falta decirle nada a Silvia, me levantó nada más verme, pagamos y salimos de allí rápidamente.

Llegué a casa y respetó que me acostara sin contarle qué había ocurrido, y se lo agradecí, porque tenía demasiada rabia dentro. Y ni siquiera sabía si podría expresarme bien.

Lo único que tenía claro en mi mente en ese momento es que conmigo no iba a jugar de nuevo.

Y si se atrevía a intentarlo de nuevo conmigo, la que iba a empezar a jugar era yo, pero a jugar de verdad.

Ya con la rabia fuera, comencé a llorar. Me abracé a la almohada y lloré por la impotencia. Me sentía mal y no por lo de esa noche, sino porque, en el fondo, yo estaba enamorada de él.

Y eso no me gustaba ni un poco.





## Capítulo 12

Me levanté con los ánimos por los suelos, fui directa hacia la cocina a prepararme un café, allí estaba Silvia con el suyo en la mano y mirándome fijamente.

—¿No me vas a dar los buenos días?

—Lorena, qué humor, hija —resopló—. Buenos días.

—¿Yo humor?

—No, ya veo que no...

—Eres tú la que no me distes los buenos días...

—Me mirabas rara...

—Siéntate que te preparo café doble, te hace mucha falta —sonrió obligándome a sentarme —Hoy nos vamos por ahí, el día está estupendo, nos vamos a ir de shopping y toda esas cosas —dijo guiñando el ojo mientras hacía mi café.

—Tengo una ocurrencia... —dije riendo de pensar lo que estaba pensando.

—Miedo me da.

—Nos vamos a la Warner —sonreí.

—¿¿¿A la Warner???

—Mira —dije señalando por la ventana.

—No me lo puedo creer —dijo viendo a Daniel y David, sentados en la terraza del bar frente a mi edificio, esperando a que apareciéramos para seguirnos.

—Pues ya sabes...

—Lo tengo claro, nos vamos a la Warner —soltó una carcajada pensando lo mismo que yo, el día que le íbamos a dar.

Nos arreglamos pero de forma cómoda, para pasar el día en aquel parque, de cervecitas, fotos con los personajes de Warner y dos guardaespaldas pegados a nuestro culo, había que tomarlo con humor y eso hablamos decidido.

Salimos sin mirarlos, sabíamos de sobra que nos habían visto salir, así que nos fuimos para el coche y al sacarlo ya vi por el espejo retrovisor que nos seguían y nada, nos siguieron hasta la Warner, aparcaron a nuestro lado y salieron sonriendo.

—¿En serio vamos a pasar el día aquí? —preguntó David riéndose.

—Nosotras sí, vosotros esperemos que no —dije sin dejar contestar a Silvia.

—Nosotros vuestra sombra, para que no os pase nada —dijo Daniel.

—¿Porque no invitáis a vuestras chicas y que se unan al grupo? —preguntó Silvia con sarcasmo.

—Precisamente les hemos pagado cuatro días en Disneyland Paris, precisamente por eso la sacamos a cenar anoche para darles la sorpresa de que se fueran un poquito a tomar por saco —sonreía David mientras lo contaba —Y esta mañana a las ocho nos hemos asegurado de que cojan el vuelo —volvió a sonreír más ampliamente.

—Eso de quitárosla de en medio a golpe de talonario, demuestra que con vuestro dinero hacéis los que con los cojones no podéis —dije chulescamente y comencé a andar para las taquillas.

David dio una carrera y se fue a comprar las cuatro.

—Tomad —dijo entregándonos las entradas.

—Qué lástima de nosotras —dije para soltar un ataque —a unas le pagan

viajes a Disneyland París y a otras unas míseras entradas a la Warner —dije mientras pasaba el control de tickets.

—Tienes razón, estamos sembradas. ¡Qué suerte la nuestra! —dijo Silvia sonriendo.

—Esto lo habéis querido ustedes, pedirnos donde llevaros y cruzaremos el planeta si hace falta —dijo Daniel mientras nos seguían.

—O sea, a ellas las mandáis solas y nosotras vamos a tener que cargar con los chorizos. Ah no, me quedo en mi casa mejor —aguanté el ataque de risa mientras lo decía.

—A ellas las queríamos alejar y a ustedes las queremos con nosotros —Dijo David —de todas formas hemos estado esta mañana hablando y os queremos proponer algo...

—¿A nosotras? A ustedes queríamos proponerles que nos dejéis en paz —dijo Silvia.

—De eso se trata —Daniel tenía el tono de voz serio —estamos dispuesto a ser vuestra sombra todos los días, habíamos pensado que si nos acompañáis a New York una semana el lunes, prometemos a la vuelta no molestaros más, a no ser que ustedes decidieran que no nos queréis apartar de vuestras vidas.

—Joder, un viaje a New York por la face, esto no me lo pierdo y encima a la vuelta nos dejan en paz. Ahora mismo le pongo un mensaje a mi jefe que me debe vacaciones y tu pon otro al tuyo y que te sustituya Carla, ya sabes que está deseando. Chicos... ¡Nos apuntamos!

—¡Estás loca! ¿Sabes lo que estás diciendo? —dije acalorada pero con la emoción de verme allí una semana a tutiplén con los chicos.

—Sí, estoy loca, pero como nos están volviendo majaras, al menos sacar un beneficio de esto —se paró frente a una tienda de refrescos dentro de la casa de un super héroe —cuatro cervezas por favor —se giró hacia nosotros

—pago yo que os voy a sangrar en New York todo lo habido y por haber, pienso volver con unos kilos de más —dijo en plan chulesco.

—Espero que sea verdad, para nosotros es un placer —sonrieron.

—Esto es de locos. ¿En serio nos vamos? Tengo que avisar a Carla y Fran.

—Lorena, llama ya...

—Otra locura más para anotar en mi vida...

—No os vais a arrepentir —dijo Daniel con seguridad.

—Nosotras no, pero no sé ustedes —solté una carcajada.

—Estamos seguro de que no —sonrieron a la vez.

Comencé a andar un poco más avanzado que todos ¿Era una locura? Claramente sí, pero como estas cosas es como la quiniela que es muy difícil que a una le toque, pues iba a aprovecharlo y hacer la mayor locura de mi vida, volver a New York y disfrutar del momento.

Llamé a Fran y le pedí el favor de coger 9 días y me dijo que sin problemas que avisaba a Carla, así que ya estaba hecho y por lo que escuchaba detrás a Silvia, ella también lo tenía arreglado.

Listo —dijo Silvia desde atrás, yo no me quería ni girar tenía una risa de gilipollas espectacular.

Levanté el dedo pulgar en señal que perfecto, yo seguía andando la primera. Tenía una sensación extraña entre el bien y el mal, pero no, no me importaba iba a tomar esa semana como la despedida de Daniel, me lo iba a pasar pipa, a disfrutar a tope y luego a darle una pata en el culo, era lo que se merecía y era mi objetivo.

Silvia se adelantó y se puso a mi altura.

—¿Crees que estamos haciendo mal?

—Silvia, estamos haciendo todo bien, nos vamos a ir con ellos, vamos a pasar la semana de nuestra vida y luego dos patadas en el culo.

—Pero vendremos más jodidas...

—¿Más de lo que nos hicieron y más de lo que lo hemos estado? No...

Vamos a demostrarles que con nosotras no se juega.

—Tengo ganas de ir, pero me da miedo todo.

—De miedo nada —le guiñé el ojo —, vamos a ir, lo vamos a pasar en grande y a la vuelta que le den.

—Eso ya lo entendí —puso los ojos en blanco.

—Pues no hay más nada que entender.

—Paramos delante de una atracción y miré a Silvia.

—Vamos —dije sabiendo que los chicos entrarían.

Entramos a una especie de casa del terror donde te sentaban cerca de una mesa terrorífica y aquello empezaba a originar un espectáculo acojonante donde los muertos resucitaban.

Silvia estaba como yo, gritando como loca, las dos agarradas y los chicos descojonados de la risa.

—Lo habéis pasado mal —dijo David al salir, sin poder dejar de reír.

—Yo os propongo algo más light, ejemplo visitar la casa de Piolín —dijo Daniel.

—Yo os propongo que os vayáis a la mierda, pero viendo que el lunes nos vamos a New York, nos queda aguantaros un ratito más —dije sonriendo irónicamente.

—Bueno, no os enfadéis en el fondo nos hemos reído mucho —David seguía dando en la llaga.

Silvia ni hablaba, seguía aún asimilando lo vivido dentro, estaba pálida y no se soltaba de mi codo.

Pasamos el día tomando cervezas y tirándonos indirectas, pero nos lo pasamos de muerte.

Nos despedimos por la noche quedando en volvernos a ver el lunes que

nos pasarían a recoger para irnos juntos al aeropuerto, el domingo nos darían tregua, además, que queríamos aprovechar para dejar las maletas listas y descansar bien.



## Capítulo 13

Desperté y Silvia dormida plácidamente, la dejé ahí, me fui a la cocina a prepararme café en vena ¡lo necesitaba!

En veinticuatro horas estaría de camino a New York, hacía nada que habíamos vuelto de allí con el corazón roto, ahora volveríamos con los causantes de ello, era de locos, esas cosas solo nos pasaban a nosotras, no teníamos remedio.

Me senté en la banqueta y me puse a curiosear por las redes ¡Cuanta felicidad! Todas eran felices, con parejas perfectas, todo impecable en su casa, los mejores platos de comidas, vamos que no se lo creían ni ellas, pero eso tenía las redes, que podías poner la cara más bonita de tu vida.

Entré al perfil de Silvia y vi que había cambiado el estado la noche anterior.

“No se trata de donde quieras llegar, se trata de ir y ver si mereció la pena”

Joder, estaba claro y en botella, ella aún tenía la esperanza de que algo bonito le iba a suceder y que David dejaría a su novia la pija, volverían super enamorados de New York, se casarían, comerían perdices y lo único que se iba a comer la pobre era un mojón, estos eran unos cabrones que usaban su físico, falsa forma de ser y su pasta, para tirarse todo aquello que le llamasen la atención, ahora nos tocó a nosotros, pero seguro que éramos un número más en su larga lista de conquistas.

Resoplé, la ingenuidad de mi amiga sobrepasaba los límites de la gilipollez, era impensable algo así ¿No se daba cuenta? Y ese mensaje en Facebook era de lo más absurdo.

—Buenos días —dijo apareciendo por la puerta.

—Buenos días. ¿Qué tal dormiste?

—Bueno, tuve pesadillas...

—¿Y eso? —pregunté poniéndole un café.

—Soñé que volvíamos de New York y volvían a pasar de nosotras...

—¿Tú eres tonta?

—Si no le interesáramos no nos pagaban el viaje...

—Le sale más barato pagarnos el viaje que follarse a una puta de lujo una vez al día durante toda la semana —le puse el café sobre la mesa.

—¿Estás diciendo que vamos de puta?

—¡¡¡Silvia!!! Joder, no pillas una.

—Pues no te entiendo, la verdad —dijo moviendo el café.

—Nada, que esta semana tenemos que ganar nosotras —dije mirándola fijamente mientras encendía un cigarro —tenemos que pasarlo genial, salir, comer, beber y meternos en sus sabanas, no nos será difícil pues estamos coladas por ellos.

—Pero...

—Pero siendo conscientes de que cuando volvamos todo acabara y debemos prepararnos para ello. Disfrutaremos como si no hubiera un mañana y luego que le den, si te vi no me acuerdo.

—¿Y si ellos quieren seguir y dejan a sus parejas?

—Si hubieran querido ya lo hubieran hecho. ¿No crees?

—No sé, yo quiero creer que tengo una posibilidad de que decida estar conmigo para siempre.

—Para siempre... La hostia que te daba para que espabilaras —negué con la cabeza.

—Lo mismo tú eres muy mal pensada...

—Lo mismo a ti no se te va a ir el pavo de encima en toda tu vida —

resoplé.

—Bueno, estoy de acuerdo en algo, vamos a disfrutar como si no hubiera un mañana y a la vuelta Dios dirá.

—¿Desde cuándo eres creyente? —volví los ojos a blanco.

—Desde que lo conocí —sonrió.

Me mordí la lengua para no echarle una reprimenda de esas que te dejan en choque. Mi amiga era imbécil, de eso no había duda, se pensaba que se iba a traer el príncipe azul de los Estados Unidos de América ¡Había que joderse!

—¿En serio no tienes la esperanza de que pase algo bonito y esto duré?

—Silvia, en serio. ¿Te estás escuchando?

—Te falta un buen polvo...

—Y a ti una buena colleja —negué con la cabeza.

—Hostia, colleja... ¿Te levantaste hoy muy violenta no? Nunca te vi así —dijo sacándome la lengua.

—No puedo contigo —resoplé.

—¿Vas a llevar mucho equipaje?

—Lo suficiente para una semana ¿Por?

—Por la comparación con las putas, o sea, contra menos ropa, mejor haremos nuestro trabajo —volvió a sacarme la lengua.

—Qué graciosa eres, por Dios —sonreí irónicamente.

—Otra que se metió a creyente —soltó una carcajada.

Esa mañana ya nos habíamos declarado la guerra, así que era mejor tomarlo con calma para que no estallara la tercera guerra mundial.

Preparamos las maletas, vimos unas películas y nos acostamos temprano, nos esperaba al día siguiente un día muy largo.



## Capítulo 14

—Buenos días —dijo poniendo los cafés sobre la mesa.

—Buenos días, Silvia —dije mientras me recogía el pelo —A un rato a ver a nuestros príncipes azules, esos que nos acompañaran el resto de nuestras vidas —dije ironizando.

—Ríete, veremos quién era la gilipollas.

—Bueno vale, era una broma —puse los ojos en blanco.

—No crees en ti, yo estoy segura de que esto me unirá a David de forma más seria.

—Sí, serás oficialmente su amante.

—Él no está casado —sonrió.

—Bueno, serás la otra, ¿mejor así?

—Seré la única —hizo una mueca con sus labios.

—Tienes más cuentos que Walt Disney —solté una carcajada.

—Prefiero soñar mi cuento, que poner piedras en el camino y equivocarme por no dar una oportunidad.

—Eso no es una oportunidad, es tirarse directamente al precipicio —puse los ojos en blanco.

—Pues tú te vas a tirar también —dijo señalando a mi maleta que estaba en el pasillo.

—Sí, pero con la diferencia que yo sé de qué está vacía...

—No me cuadra eso de que lo hagan por unos polvos, se pueden ir solos a New York y tirarse a quienes quieran...

—De verdad —resoplé —dejemos el tema. Vamos, volvemos y ya luego tocará levantarte del carajo doble que vas a meter.

—O no...

—Vale, o no —dije resignándome.

Bajamos y ya los chicos estaban ahí, los saludamos y salimos directos al aeropuerto de Barajas.

Llegar, facturar y entrar para la zona de embarque.

Tomamos un café antes de entrar, estaban de lo más atentos y divertidos, a mi en el fondo se me caía la baba, pero yo me recordaba mil veces de que era un cabrón y me cortaba el pensamiento.

Embarcamos y ... First class, eso era lo que tenía viajar con pasta, primera clase y todo por delante, nada de clase turista en un sillón que no te puedes mover y casi caes encima de el de al lado.

Me senté junto a Silva y ello frente a nosotros, era un apartado para cuatro, eso nunca lo había visto, casi como los jet privados, era alucinante.

Nos recibieron con Cava, para flipar, en copas de cristal y todo, bombones incluidos.

—Joder lo que hace el dinero —dijo Silvia.

—¿Nunca viajasteis en primera clase? —preguntó Daniel.

—Sí, cuando estuve liada con Brad Pitt y ella con Leonardo di Caprio —sonreí irónicamente y comenzaron a reírse.

—Ya quisieran ellos —dijo Daniel.

—Eso estaba pensando yo —respondió David.

—De verdad —resoplé —no hace falta que seáis tan falsos, no hace falta exagerar las cosas, ya vuestras presas están aquí, las tenéis en frente, volando a un lugar donde la tendréis a vuestra disposición, no hace falta que seáis tan falsos con vuestro comentarios —reí.

—¿No coló? —preguntó David.

—Pues yo lo vi muy bonito —dijo Silvia y su venda en los ojos.

—Precioso —negué con la cabeza.

—Tu amiga nos cree más —dijo Daniel.

—Sí, en todos los grupos tiene que haber la ingenua —sonreí.

—Lo mismo es más lista de lo que piensas...

—Mira Daniel, conozco a mi amiga más que tu, de buena es tonta y peca de ingenua.

—Tampoco te pases —dijo Silvia riendo.

—Tranquila —dijo David tocando su rodilla —a ella lo que le pasa es que no se fía de nosotros.

—Vamos, ¡como para fiarse!

—Lorena —me miró de forma seria Daniel —, deberías de dar más oportunidades a las personas, cualquier ser humano se puede equivocar.

—Una cosa es equivocarse y otra ir cometiendo errores a pasos agigantados —dije burdamente mientras el avión despegaba y ni habíamos atendido a las prevenciones de vuelo.

—Yo creo que tú no eres un error —dijo sin reírse.

—No, yo soy gilipollas de aguantarte...

—Joder, qué mal humor —dijo David.

—Y tú calla, que de ti me encargo yo —dijo Silvia produciéndonos una risa.

—¿Y ahora qué hice? —puso David cara de indignación.

—Nada, tú callado y quieto mejor...

Silvia estaba volviendo a su gracia y comentarios, ella en el fondo estaba viviendo aquello como algo parecido a una historia de amor, estaba viviendo todo en otra realidad paralela a la que claramente había.

El vuelo lo pasamos viendo películas, mandando indirectas, comiendo y bebiendo.

Aterrizamos en el aeropuerto internacional de John F. Kennedy.

Nos recogió un coche privado y nos llevó a un hotel de lujo en un

rascacielos, nos dieron las llaves de la habitación y nos dijeron lo que esperábamos, yo me iba con Daniel y ella con David, lo que no me esperaba era que al despedirnos en el pasillo, David dijera que nos veía el lunes, mi amiga sonriera y yo me quedara diciendo ¿Como? ¿A solas con Daniel toda la semana? Resoplé y puse los ojos en blanco, mientras mi amiga me daba un beso en la mejilla y me deseaba una preciosa semana.

—Esto no estaba en los planes —dije protestando mientras entraba a esa lujosa suite llena de cristales a la ciudad.

—Contigo no se podía hablar, tu amiga estaba al tanto por mensajes...

—¿¿¿Qué???

—Toma —dijo ofreciéndome una copa de vino de la botella que habían dejado por expreso deseo de Daniel.

—Esto me recuerda...

—No vayas a decir una barbaridad —dijo sonriendo frente a mí.

—No sé ni que hago aquí, desde luego que es para matarme —negué con la cabeza sonriendo, en el fondo esos momentos frente a él me hacían debilitar.

—¿Te puedo pedir algo?

—A ver... —dije tonteando con la copa, ya era hora de comenzar el juego.

—¿Podemos hacer como si no nos conociéramos de nada y empezar de nuevo?

—¿Pasar de nuevo por averiguar que eres un mujeriego y tienes novia? ¡Me niego! —solté una carcajada.

—Volver al principio y contarte todo, volver a conseguir que confíes en mí y que me perdones por eso...

—Eso es imposible de borrar y paso de caer en la misma trampa dos veces —dije negando con la cabeza y riendo, asomada por ese ventanal desde el que había las mejores vistas de toda la ciudad.

—Inténtalo —se pegó por atrás a mí.

—Intentar...

—Sí, intentar —dijo susurrando a mi oído mientras me rodeaba con una mano y con la otra sostenía la copa.

—Daniel...

—No digas nada —dijo dejando la copa sobre el borde de la ventana y con esa misma mano metiéndola por debajo de mi vestido.

Aguanté el aire al notar su mano que se iba introduciendo por mis bragas, yo seguía con la copa en la mano y mirando a la ciudad, Daniel estaba a mi espalda, con una mano sobre mi pecho y la otra abriendo mis labios íntimos para introducir sus dedos, mientras besaba y mordisqueaba mi cuello, poniéndome a mil por horas y sin dejarme dar la vuelta para ayudar en esa situación que no estaba dispuesta a frenar.

Separó un poco mis piernas, introdujo dos dedos de golpe sin dudarle, sin temblarle el pulso, presionando todo lo adentro que pudo hasta hacerme chillar y dar un brinco, a la vez que presionaba mi pezón, esta vez ya al aire, había sacado mi pecho por encima del escote.

Me hizo ponerme a cuatro patas sobre el sofá que había delante de la ventana, mirando a la calle, me abrió todo lo que pudo las piernas y quitó mis bragas, seguía metiendo sus dedos y con la otra mano tocando ligeramente mi clítoris.

—Sigue tú —dijo acercando mi mano a mi zona mientras él seguía entrando y saliendo con sus dedos.

Comencé a tocarme el clítoris mientras me penetraba con sus dedos y lamia mis partes, me estaba volviendo loca, me decía que no parase a la vez que el me apretaba todos mis partes y pellizcaba de forma brusca mis pezones.

Caí rendida al orgasmo, tirándome al sofá, no dudó en darme la vuelta y embestirme, mirándome a la cara sensualmente, con mensajes de deseo, de

tener el control perdido y solo querer llegar también al orgasmo.

—No te muevas —fue al baño y salió con un gel.

—¿Y eso? —pregunté extrañada.

—Quiero que te relajes —dijo mirándome desnuda boca arriba en ese sofá y él poniéndose una gran cantidad de gel sobre sus manos —la notarás un poco caliente, pero te dejara nueva —dijo colocando sus manos en mi barriga y comenzando a hacerme un masaje desde ese punto —Relájate, por favor.

Afirmé con la cabeza, sin hablar y cerré los ojos. Sus manos recorrían mi vientre, pechos, muslo, mis zonas íntimas, me introducía ese gel por mis adentros, haciéndome volver loca de nuevo de placer, estuvo con el masaje unos veinte minutos, en los que yo estaba tocando el cielo con las manos, volviéndome loca de nuevo de placer y él terminando consiguiendo otro orgasmo por mi parte que se debió escuchar los chillidos en todo el edificio.

—No puedo más, tengo hambre. ¿Salimos a cenar? —pregunté con cara de pena, intentando levantarme del sofá.

—Relájate —me hizo caer hacia atrás y apoyar mi cabeza sobre el cojín del sofá.

—Quiero salir...

—Toma —me dio la copa de vino y me incorporé quedando sentada con los pies cruzados —. ¿Puedo taparme un poco? —sonreí.

—Ahora no —dijo un trago a la copa —. No hay prisas, apenas son las siete de la tarde —dijo acariciando uno de mis pechos.

—Yo no puedo con un tercero —reí.

—Sí puedes, créeme que sí puedes —me guiñó un ojo y apretó fuertemente el pezón.

—Auch —grité.

—Relájate... —metió un dedo en mis partes llevándolo hasta el fondo.

—Quiero cenar —volví a quejarme.

—Antes quiero que pruebes algo —me guiñó el ojo.

—No te entiendo —pregunté temerosa por lo que se le podía antojar a Daniel.

—Espera sin moverte —dijo señalándome y marchando al baño —tírate de nuevo hacia atrás y arquea las piernas todo lo que puedas, dejándolas bien aperturadas.

—Daniel, esta noche mejor —protesté mientras el entraba al baño.

Un minuto después estaba con otro gel, un aparato con dos penes y una barra que no se para que servía pero que me acojonaba nada más verla.

—¿Confías en mí?

—Daniel, pero ya hemos tenido bastante...

—No puede ser bastante cuando sé que puedes disfrutar más aún.

—Pero todo eso no es necesario —dije observando como colocaba todo en una butaca que pegó a nosotros, había de toda clase de aparatos ¿De dónde sacaste todo eso?

—Lo encargué a una empresa y lo mandó al hotel el paquete que advertí que me lo dejaran en el baño.

—Yo nunca usé nada de eso...

—Mejor, siempre hay una primera vez, si te gusta ya compramos estos días más cosas y las probamos...

—No hace falta —dije negando con la cabeza.

—Bueno, sepárame un poco más las piernas —dijo sentándose en el suelo en un cojín frente a mí.

—Daniel...

—Quieta, y deja de mirar la barra que ahora no la usaré a menos que haga falta y no querrás averiguar que sale de ella...

—Joder, me siento una rata de laboratorio... —bromeé.

—No lo creo, pero te advierto que te quiero quieta —dijo poniéndose el

gel sobre las manos —en este caso es frío, pero lo aguantarás al igual que el otro —fue directo a mi ano.

—¡Por ahí no! —chillé.

—No te voy a hacer daño, ¿nunca lo hiciste por atrás?

—Ni lo pensé —solo de pensarlo se me bajaba la tensión.

—Bueno, relájate —dijo jugueteando por fuera del orificio con sus dedos y ese gel que más que frío estaba congelado.

—No puedo, Daniel —dije contrayéndome.

—Confía en mí en todos los aspectos —metió un poco el dedo y di un salto.

—Como se trate de confiar me levanto y me voy —bromeé removiendo un poco mi cuerpo.

—No te muevas —volvió a advertirme y siguió penetrándome con su dedo un poco más.

Con la otra mano tocaba mi pecho y lo apretaba produciendo una sensación de placer y dolor que no se podía describir, hacía que perdiera la noción de lo que me estaba haciendo por atrás y me centrara en el pecho.

Hizo que consiguiera hacerme excitar de nuevo mucho, saco su dedo y cogió el aparato doble, lo roció de gel y lo puso en los dos orificios, lo metió hacia dentro rápidamente y yo, metí un chilló de mezcla de placer y dolor que me volví loca.

Aquello comenzó a vibrar de diferente forma por un lado que por otro pero haciéndome llegar a un orgasmo en cero coma cinco, eso fue todo un estallido de placer que terminó por dejarme rendida.

—Me toca —dijo Daniel.

Levanté la cabeza para matarlo.

—Es broma, ahora puedes ducharte, vestirte y elegir donde quieres que te lleve a cenar...

—¡Que me dé el aire! —resoplé —en el fondo estaba encantada con los tres orgasmo que me había hecho tener y que había descubierto un Daniel más atrevido y lanzado de lo que imaginaba.

—Vamos a que te dé el aire, podemos comprar más cosas para jugar, cenar, nos queda una semana intensa...

—Ah no, a jugar más así no, me tiembla todo el cuerpo, prefiero al Daniel que conocí en ese ámbito la otra vez ... —puse los ojos en blanco.

—No lo creo, hoy disfrutaste más que la anterior vez —dijo seguro.

—No quiero escuchar más nada —dije entrando al baño para darme una ducha.

Me metí bajo la ducha y justo cuando me fui a salir entró él, pero me lie en la toalla muerta de la risa advirtiéndole así, que ya por ese momento había tenido más que suficiente, él levantó las manos en señal de acuerdo y sonrió con esa cara de seductor que me partía en dos.

Nos arreglamos informales y fuimos a callejear por la ciudad, me llevaba de la mano, yo estaba siguiendo el juego, me había propuesto pasar la semana de mi vida y nada lo iba a estropear, pero creer, por mucho que me pedía que confiara en él, no lo pensaba hacer, pero estaba claro que ahora mismo me sentía la mujer más feliz del mundo y... ¡más bipolar!

Cenamos en un restaurante de comida Mexicana, me encantaba la cocina de ese país y por lo que veía a Daniel también.

—No sabes lo bonita que eres —dijo mientras mordisqueaba el burrito y me miraba sensualmente.

—Eso le dices a todas...

—No vayas por ahí, dijimos que esta semana sería diferente y quiero que ganes mi confianza, empecemos de nuevo —volvió a pedirlo.

—¡Perdón! —me puse las manos en la boca.

—Esto es para ti —dijo poniendo sobre la mesa un sobre.

—¿Qué es?

—Averígualo —dijo señalándolo.

Abrí el sobre y ponía algo sobre una tarjeta que me dejó perpleja...

“Te amo.”

—¿A quién? —me hice la sueca.

—Se te da fatal fingir —me guiñó el ojo.

—No sé a qué vino eso —me encogí de brazos.

—A que te amo...

—Sea verdad o mentira... ¿No era mejor decírmelo y ahorrarte buscar sobre y tarjeta? —sonreí.

—Primero, no es mentira y segundo, estaba en la suite. Cuando entraste primera a la ducha lo vi, lo escribí y me lo guarde. Nada complicado —dijo con rostro de quitar importancia.

—Ya pudiste poner algo así como... Vale por un viaje de dos días a las Cataratas del Niágara —sonreí —Ya que estamos aquí, en cinco horas en coche estamos allí, podemos dormir una noche y volver —solté una carcajada.

—Una noche o dos, no hay prisa hasta el lunes, además esta ciudad la tenemos muy vista.

—¿No teníais que trabajar? —pregunté con la mosca detrás de la oreja.

—No, todo era objeto del plan de traeros aquí y volver a empezar lo que se quedó a medias.

—Yo alucino, a medias dice... ¡Tiradas! —solté una carcajada.

—No empecemos...

—¡Vale! Pero con la condición de que me lleves a las cataratas —sonreí.

—Por supuesto, mañana mismo salimos, ahora al llegar al hotel ordeno que me tengan un coche de alquiler en la puerta mismo.

—Me pone cachonda eso —me encogí de brazos.

—Se podría ir en avión, pero creo que lo pasaremos mejor disfrutando

de la aventura del viaje.

—Estoy de acuerdo contigo en eso. Tendremos que buscar hospedaje.

—Se encargan desde el hotel, luego les solicito todo.

—Qué bien se tiene que sentir uno pudiendo tener todo lo que desea al momento —dijo con sarcasmo.

—Qué tonta eres, pero lo mío puede ser tuyo...

—Si te refieres a lo que tienes entre las piernas, ya lo tenía bien claro —puse los ojos en blanco.

—Me estás buscando...

—¿¿¿Yo??? ¿¿¿Perdona??? ¡¡¡Dios me libre!!!

—Eres una lianta— negó con su cabeza, de forma sensual, mordiéndose el labio y sonriendo.

—Una cosa, yo con lo que hicimos hoy, imagino que ya tengo toda la semana de perdón ¿verdad?

—Por hoy ya está bien, aunque podría estar mejor —hizo un guiño —pero mañana será otro día...

—Mañana estaremos de camino para las cataratas y llegaremos tarde y cansados, ya si eso que sea pasado mañana —le seguí el juego.

—No, cualquier momento u ocasión es buena, pero cena —señaló el plato —eso será todo sobre la marcha —volvió a hacer un guiño.

—Bueno, más de lo que pasó hoy ya a más no se puede llegar...

—No hables tan alto, no te imaginas lo que te voy a enseñar de aquí al lunes —sonrió señalando al plato de nuevo.

—¿A qué más se puede llegar a hacer un trio? ¿Una orgía? Porque después de lo de hoy... —solté una carcajada mientras negaba.

—No pensé en eso, pero podría ser otra opción. Yo me decanto más con juegos de placer, momentos inesperados, lugares poco frecuentes o situaciones impensables...

—Imagino algo, pero sigo sin entender, ¿debería de preocuparme?

—Para nada...

—¿Lo harías en cualquier lado?

—No te he dicho eso, una cosa es hacer y otra producir, aquí ahora podemos producir una situación sexual sin que nadie se dé cuenta, pero no podemos echar un polvo porque nos pillarían ¿entiendes?

—Pues no...

—Vale, tú ves que estas sentada en el rincón y me tienes frente a ti ¿Verdad?

—Pues claro...

A nuestro lado no hay nadie, dos mesas más atrás nuestra si hay gente, pero no nos ven por el biombo que hay dejándonos aislados en este reservado al que no pueden ni venir los camareros a no ser que yo de a este botón —sonrió— y yo te puedo pedir ahora mismo que metas por debajo de tu vestido la mano y te toques el clítoris mientras hablas conmigo como si no pasara nada...

—Como poder puedes, pero no lo vas a hacer —dije resignada.

—Tócate...

—Me niego... ¡Ni de bromas!

—Dale, no lo pienses...

—Daniel...

—Mete la mano o me meto debajo de la mesa y va a ser peor. Tres, dos...

—¡Vale! —resople y metí la mano entre mis piernas.

Espiré aire y comencé a tocármelo, casi me molestaba de la irritación de la tarde, pero en el fondo me excitaba aquella situación.

Daniel me miraba sonriendo y me hablaba.

—Sería más placentero que ahora te metiera algún dedo...

—Calla...

—Quiero ver tu cara mientras llegas al orgasmo mirándome...

—Eres un cabrón —seguía tocándome a más velocidad para llegar antes, estaba tranquila de que nadie nos veía y no podían aparecer por sorpresa.

Se levantó y vino a sentarse a mi lado.

—No pares —dijo poniendo una mano sobre mi muslo y buscando mis partes para introducir sus dedos —abre un poco más.

Eso hice, sin contestar, apenas podía ni hablar. Metí un sobresalto al introducirme sus dedos, lo hizo de una estocada, bruta, pero calculado, tenía el control de cómo hacerme llegar de forma única al orgasmo, a ese que llegue y me dejó sin fuerzas, el día de sexo me había absorbido.

Se levantó y se fue a su asiento, perdí permiso negando con la cabeza para ir al baño a lavarme las manos, él lo hacía con una toallita húmeda de limón del restaurante.

Volví y estaba con gesto interesante y triunfador.

—Me vas a matar...

—De placer —hizo un guiño —no te preocupes que te gustará todo...

—¿Todo? Estoy empezando a preocuparme...

Para él esto era algo que controlaba, se le notaba en su cara, en sus gestos en su forma de dirigir, para mí estaba siendo algo nuevo, pero en el fondo me gustaba.

Llegamos al hotel y él pidió todo para el día siguiente, reservas en la misma cadena en la zona de las cataratas y un coche de alquiler en la puerta.

Subimos y nos acostamos abrazados, bromeando, pero dando un respiro a esos momentos sexuales.





## Capítulo 15

—Buenos días —escuché a lo lejos.

—Buenos días —me estiré y fui a lavarme los dientes y la cara antes de acercarme por el ventanal donde estaba Daniel.

Tenía los dos cafés preparados, sonreí al verlo, se me iba la vida con él, en el fondo lo amaba desesperadamente.

—Estuve a punto de atarte a la cama y hacerte de todo. Buenos días —dijo mientras me pegaba a su cuerpo y besaba mi frente.

—No, mi concha necesita un respiro —puse los ojos en blanco.

—Ah no, eso lo arreglamos en un rato.

—¡No! Tenemos que irnos y ya no tenemos tiempo más que para este delicioso café.

—Está bien, aquí no pasará nada ahora...

—Eso de aquí me suena a trampa —resoplé.

—Sin trampas, solo a placer —me dio un cachete en el culo.

Tomamos el café y preparamos una maleta con todo lo de los dos para unos días, la otra la dejamos en la habitación.

Bajamos y ya nos tenían el coche en la puerta, un BMW no sé de qué modelo pero eso parecía un avión.

Salimos de la gran manzana y nos dirigimos hacia las cataratas, según el GPS nos esperaba seis horas de viaje, así que me puse cómoda y me encendí un cigarrillo.

—Temazo —dije al escuchar la música que comenzaba a sonar en la

radio, el tema era Starman de David Bowie.

—Tienes buen gusto —dijo guiñando el ojo.

—Mira hacia delante que me pones nerviosa —puse los ojos en blanco.

El hotel nos había dado dos pequeños termos muy cuquis, de marca y todo, relleno de expreso para el camino, así que me tomé otro chute de caféina directamente desde el termo que iba cerrando para tener a mano todo el viaje.

Daniel acariciaba mi mano, jugueteaba con ella mientras conducía y me cantaba los temas que sonaban en la radio, a veces se me olvidaba el daño que me había causado.

Íbamos al noroeste de América de Norte, la zona de las cataratas estaba en la frontera de Canadá y de los Estados Unidos. Me hacía mucha ilusión ver esas cascadas de cerca, iba soñando con ese momento, me sentía como una niña en el día de reyes, esperando a ver su regalo.

—Daniel...

—¿Si?

—¿Por qué sigues con tu pareja?

Se giró a mirarme, no se esperaba la pregunta.

—Pues mira, llevo varios años, al principio era muy feliz, luego lo fui siendo menos, al final se convirtió en monotonía, cariño, pero no deseos ni amor. Mi familia y la suya son grandes amistades, les voy a causar mucho dolor cuando la deje, por eso fui evitándolo, pero a la vuelta ya voy a tomar el valor y hacerlo, no puedo seguir con ella.

—¿Estás seguro?

—Ahora más que nunca.

Quería creérmelo pero sinceramente había algo que decía que no lo iba a hacer y lo decía para regalarme los oídos y ponerse las botas durante la semana, cosa que aunque no la fuera a dejar, se las iba a poner igualmente.

—Lo mismo descubres que no puedes vivir sin ella...

—Eso lo descubrí cuando vino por sorpresa y vi que no podía contactar contigo. Me di cuenta de que no podía estar sin ti.

Resoplé. Me salió del alma. Me reí. No me lo creía. Me dio una colleja.

—Auch —me quejé.

—Eres muy mal pensada.

—Eso no fue creíble, así que no me merecía la colega —puse cara triste.

—Toma otra, por seguir sin creerme.

—¡¡¡Toma!!! Otra que yo le metí.

—Podemos tener un accidente... —dijo rascándose la nuca.

—El mismo que cuando tú me lo das...

—Pero yo estoy enamorado de ti y no me crees.

—No te lo crees ni tú y esperas que me lo crea yo —negué con la cabeza.

—Creo que estás a falta de un orgasmo —dijo metiendo las manos por debajo de mi falda de volantes.

—Ah no, aquí no —me quejé.

—Quieta, ábrelas —dijo ya con su mano dentro de mis bragas e intentando separar los labios.

—No es lugar, ni mucho menos momento...

—Abre...

—Daniel, nos vamos a matar.

—Es línea recta, vamos tranquilos, puedo con una mano, el coche va solo —decía tocándome el clítoris.

—Lo tuyo es de psiquiátrico —dije casi sin respiración.

Me agarró la mano e hizo que siguiera yo, él puso las suya sobre el volante.

Al final me como yo el pastel —dije tocándome y poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué mejor que darte un gusto para el cuerpo?

—Eres un cabrón.

Volvió con sus dedos a introducirlos mientras yo jugueteaba con el clítoris buscando llegar al placer.

—No te aguantes de chillar...

—¡¡¡Calla!!!

—Así me gusta —soltó una risa.

Chillé llegando al orgasmo, como una loca, sus dedos se habían vuelto locos dentro de mí, haciendo llegar antes de lo que imaginaba.

Hicimos varias paradas y por fin llegamos a Niágara Falls, nos quedamos a las puertas del parque donde se encontraban las cataratas, un precioso hotel con unas vistas increíbles que se podían ver a lo lejos, una pasada para la vista y para gozar de un privilegio que pocos podían.

Bajamos a cenar al pueblo y paseamos un rato, como una pareja de enamorados, disfrutando de aquel viaje dentro del viaje, algo inesperado que me hacía emocionarme mucho más de lo que estaba.

Nos fuimos a descansar temprano, no sin antes volver a tener un encontronazo sexual, esta vez light, como la primera vez que lo hicimos, algo así como romántico y entrañable.

Por la mañana desayunamos nada más levantarnos, de ahí nos fuimos a adentrarnos al parque, a pie de las cataratas, eso era algo inolvidable, que se te queda grabado para siempre. Las fotos, el ruido que formaba la caída, todo... aquello era una maravilla.

Nos tomamos en una cafetería de ahí un vino, mirándolas, estuvimos horas hasta que nos fuimos al pueblo y estuvimos toda la tarde paseando y disfrutando de los dos, el uno del otro.

Por la noche volvimos al hotel y a la mañana siguiente salimos de allí, pensé que nos íbamos a quedar más días, pero no, hicimos la vuelta.

—Creo que te has desviado —dije mirando el mapa.

—Es jueves, no tenemos por qué ir aun para New York —dijo en plan enigmático.

—¿Dónde vamos? —pregunté intrigada.

Nada, no me dijo nada, pero un rato después estábamos en Filadelfia, la mayor ciudad de Pensilvania.

—Wala, no me lo esperaba...

—Pues aquí nos quedaremos hasta el domingo que regresemos a pasar la última noche a New York...

Me encantaba la idea, sonreí alucinando por la sorpresa que me había dado.

Estuvimos pasando los días más inolvidables de mi vida, visitamos el Parque nacional histórico de la independencia, donde se encontraba la campana de la libertad.

Visitamos la vieja ciudad, donde había muchos puntos de interés turístico para descubrir.

Disfrutamos de buenas comidas, buenos paseos, buenas cenas, buenos momentos, de todo aquello que en cualquier ciudad hubiéramos encontrado, éramos nosotros, solo nosotros y nuestro mundo, ese que me daba miedo acabar con aquel viaje, jamás me había sentido así de cómoda y feliz junto a ningún hombre.

La última noche en New York me recordó mil veces que de mí dependía todo.



## Capítulo 16

Aterrizamos en Madrid y no puedo describir la cantidad de sensaciones que se hacían eco en mi cuerpo. Ver cómo el coche paraba delante de mi casa, me hizo entender que todo eso se había terminado ya.

—Pues ya estamos aquí... —miré a Daniel, los dos ya en la puerta del portal, sin saber muy bien qué decir.

—Nunca olvidaré estos días contigo, Elena —levantó la mano y acarició mi cara.

—Ni yo —dije con sinceridad.

Nos quedamos mirándonos en silencio, ninguno de ellos dos quería despedirse ese día.

—Quiero volver a verte, no quiero que esto sea un recuerdo. Si quieres verme... —comenzó él.

—Daniel... —fui a cortarlo, recordando su situación.

—Si quieres volver a verme, mándame un mensaje esta noche. Tienes hasta las doce —me guiñó un ojo—. Si no me escribes, sabré que todo se termina aquí.

—¿Cómo la Cenicienta? —pregunté sonriendo.

—No me separaré del móvil —me besó, demostrándome sin palabras que ese mensaje podría significar un comienzo de algo para nosotros.

Yo no sabía cómo sentirme, después de todo lo que había vivido con él, ¿de verdad tenía que pensarme si escribirle o no?

Sí, y él sabía por qué. Él seguía sin ser libre.

Abrí la puerta y entré en el portal, miré a mi amiga, quien se despedía

con un beso de David y me siguió dentro. Nos mantuvimos en silencio mientras cerrábamos la puerta, viéndolos desaparecer.

Deshicimos el equipaje y nos sentamos en el sofá con una copa de vino cada una. Aunque habíamos viajado juntas, casi ni nos habíamos visto, mucho menos contarnos lo que habíamos vivido con ellos.

—Esa sonrisa... —miré a mi amiga, me encantaba verla así— Cuenta.

—No sé ni qué contarte —suspiró, enamorada—. Vamos a estar juntos. Me ha pedido perdón, hemos vivido... Un sueño, Elena, solo puedo describirlo así. Va a dejar a su novia esta noche, no va a esperar más.

—Eso espero —dije con sinceridad—. Te mereces ser feliz y con él lo serás. Pero siendo libre, claro.

—Sí —sonrió—, confío en él. ¿Y tú? Cuéntame, porque esa sonrisa de enamorada tonta... —se rio.

—Porque no te ves la cara a ti misma —reí yo—. Lo amo, pero eso ya lo sabes.

—Sí, como él a ti. ¿O es que aún necesitas que te lo demuestre?

—No lo sé... Supongo que sí —me encogí de hombros—. Yo...

—Tienes miedo, ¿verdad?

—Un poco. ¿Y si no la deja? ¿Y si, a pesar de todo, sigue con ella? Me dijo que le escribiera un mensaje si quería volver a verlo. Claro que quiero volver a verlo, pero siendo libre.

—Entonces escríbele.

—No es tan fácil.

—Sí que lo es —me miró sonriendo—. Olvida el pasado, te ha demostrado mucho en este viaje, quédate con eso. Mándale ese mensaje y te aseguro que la felicidad la tendrás al alcance de la mano.

—¿Lo crees de verdad?

—¿Acaso tú lo dudas? —me preguntó con las cejas enarcadas.

Sí, a momentos lo hacía, dudaba de que terminara de dar el paso. Pero lo haría, ¿verdad? Lo que habíamos vivido los dos era más que especial, lo nuestro no podía dejarse a un lado, teníamos una historia que crear aún.

—Quizás tengas razón...

—Lo dijo la gitana —rio mi amiga.

Puse los ojos en blanco, no creería en la gitana hasta que él fuera completamente mío.

Miré el móvil y, nerviosa, me levanté de la mesa.

—¿Pizza o chino? —pregunté, intentando calmar los nervios que me habían entrado de repente.

Relajadas, cenadas, con otra copa de vino en las manos y un bote de helado de postre, estábamos medio tumbadas en el sofá mirando la televisión. Miré de nuevo el móvil y, sin pensármelo más, le escribí ese mensaje.

“Quiero verte...”

Vi cómo lo leía y no obtuve ninguna respuesta. Mi amiga me miró, guiñándome el ojo.

—Todo va a salir bien —me dijo.

Eso esperaba, yo iba a arriesgarme, tenía que ver si él lo hacía del todo también. Y para qué mentir, estaba deseando volver a verlo.

Nos acostamos tarde por culpa del jet lag y suspiré mientras cerraba mis ojos, seguía sin tener respuesta de él. Y no quería pensar que se hubiera arrepentido.

A la mañana siguiente salimos a comer fuera, no teníamos nada en el frigorífico y necesitábamos también hacer una compra de comida. Con todo ya en casa, me quedé sola ordenando mientras Silvia salía con David. Iba feliz, él la había llamado para decirle que ya era libre, que había terminado con su novia y que no podía esperar a ver a mi amiga y, cómo no, ella salió casi corriendo a sus brazos.

Me alegré porque se lo merecían.

Poco tiempo después de que se fueran, llamaron al timbre de casa. Seguramente se le había olvidado algo, como siempre, y las llaves, porque si no a ver para qué llamaba.

—El día que no tenga que volver a por algo, te hago la ola —ni siquiera me aseguré de que era ella, pero no podía ser nadie más.

— Bonito recibimiento.

Grité y me giré a mirar a Daniel cuando habló. Me dio un susto de muerte. Cerró la puerta y se apoyó en ella.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Pensé que me dijiste que querías verme... —sonrió.

—Esto sí... Pero no esperaba que... —me callé, mejor no decir nada que siempre metía la pata estando de los nervios.

—¿No querías verme? —insistió.

—No me respondiste, pensé que quizás...

—Pensaste que quizás ya me había arrepentido —dijo con las cejas enarcadas.

—Algo así... —dije con culpabilidad.

—No te respondí porque estaba con ella —dijo muy serio.

—Oh... Está bien, Daniel, hay cosas que mejor no debes contarme —¿estaba con ella? ¿Para qué o qué? Me entraron unos celos enfermizos y no quería oír más.

Me giré para que no me viera la cara, dispuesta a irme a la cocina y preparar café o algo, lo que fuera que me mantuviera ocupada para no pensar de más, porque mi mente ya iba a dos mil por hora imaginando las distintas formas en las que iba a decirme que no había podido terminar con su relación, por ejemplo.

—Ven aquí —cogió mi mano, me giró y me hizo mirarlo—. ¿En qué estás

pensando?

—En nada —mentí.

—Lo primero que hice, tras dejarte aquí, fue ir a buscarla para terminar con ella.

—Oh...

—Sí, oh —rio—. ¿Qué pensabas? ¿Qué iba a esperar a que me dijeras que querías verme antes de hacerlo? ¿Asegurarme no quedarme solo o algo así?

—No —mentí otra vez, en parte y me sentí culpable.

—La tenía que haber dejado hace mucho, Elena. Anoche no sabía si ibas a escribirme, te juro que dudé de que fueras a hacerlo y me lo tenía merecido si no lo hacías. Pero no podía ser con esa farsa. Y la dejé.

—Daniel...

—La dejé porque no la quiero, hace mucho que no la quiero. Y la dejé porque me enamoré de otra, de alguien que se ha llevado completamente mi corazón —yo iba a empezar a llorar al verlo hablándome con esa sinceridad—. El día que te vi, no imaginé que te convertirías en la persona más importante de mi vida, pero algo en mí me decía que tuviera cuidado, que podía quemarme. Y yo no pude alejarme. Nunca he podido alejarme de ti. Te amo, Elena. Y quiero estar contigo. Libre, contigo. Solo contigo. Y si no me hubieras mandado ese mensaje, yo hubiera luchado por ti de nuevo, como he intentado hacerlo desde que te conozco, aunque no lo creas.

Tal vez ya sí empezaba a creérmelo. Si no hubiera insistido tanto, los dos no estaríamos ahora juntos.

—¿Y Nueva York? —le pregunté.

—Siempre nos quedará Nueva York. Tendré que ir más de una vez al año, pero David y yo nos quedamos aquí, hemos conseguido poder hacerlo y que no afecte al negocio.

—¿De verdad?

—Sí —sonrió—. Elena... Dime que querías verme para que estemos juntos. Dime, por favor, que lo nuestro solo acaba de comenzar.

—¿Y si no? —pregunté seria, aunque por dentro me estaba derritiendo con sus palabras.

—Si no... Lucharé cada día, demostrándote lo que necesites. Hasta que creas que quiero estar contigo, que estoy enamorado de ti y que la gitana tenía razón: yo soy el amor de tu vida.

Me reí, esa vez tuve que reírme al escuchar nombrar a la gitana. Las lágrimas habían comenzado a salir de mis ojos también, por la emoción de oír esas palabras de él.

—Quería verte, pero para decirte que te quiero —dije mirándolo—. Que no podíamos separarnos, que lo nuestro solo acaba de comenzar y que te quiero libre, para mí. Para un nosotros.

No pude ni terminar de hablar cuando ya estaba devorando mi boca. En ese momento, todo lo que habíamos vivido juntos se me vino a la mente y mi cuerpo, sin poder evitarlo, se excitó rápidamente.

—¿De verdad me quieres? —preguntó entre mis labios.

—Sabes que sí —reí—. Y quiero estar contigo cada día.

—¿Comenzamos nuestra historia de amor?

—Nuestra historia de amor comenzó en Nueva York —reí entre lágrimas, sintiéndome la mujer más feliz del mundo.

Volvió a besarme sin contenerse y, por primera vez desde que lo conocía, lo sentía completamente libre. Completamente mío a la vez.

Y solo por esa sensación, había merecido la pena todo lo que nos había costado llegar a estar juntos.





## Epílogo

Dos años después...

Hacia unas semanas que Silvia y David se habían casado, en una ceremonia espectacular que no olvidaríamos Daniel y yo jamás, habíamos sido los padrinos.

Y ahora era nuestro turno.

Y ahí estábamos, en Nueva York, jurándonos amor eterno.

Fui yo quien había elegido celebrarlo allí. Ya me había acostumbrado a viajar a aquel país y como siempre lo hacía de la mano de mi amor, no ponía pegás. Sus negocios iban viento en popa y un par de veces al año tenía que viajar hasta los Estados Unidos, yo siempre lo acompañaba.

Porque esa ciudad era la que nos había juntado, ¿cómo no acabar cogiéndole cariño?

Y ahí estábamos, con los familiares y amigos que habían podido acompañarnos, casándonos en el lugar que nos juntó de una forma especial: ese lugar donde hicimos el amor por primera vez y donde organizamos la boda de mis sueños.

No dudé en dar el sí quiero. No mirando a los ojos del hombre que tan enamorada me tenía. Desde el día que iniciamos nuestro camino juntos, no nos habíamos separado. Nos habíamos convertido en más que una pareja, lo éramos todo el uno para el otro.

Y eso, dos años después no había cambiado.

Nuestra boda fue todo menos normal, los invitados que acabaron acompañándonos al McDonald's podían confirmarlo, ¿pero qué mejor lugar para ello?

Reímos, lloramos y nos enamoramos aún más el uno del otro, si es que eso era posible.

Ya con la fiesta terminada, caminamos los dos agarrados de la mano como marido y mujer por las calles de esa impresionante ciudad que ya tanto me gustaba. Y, de repente, al mirar al frente, no pude más que reírme.

No podía ser cierto, tenía que estar viendo mal.

—¿Qué te pasa? —preguntó riendo Daniel, contagiado de mi risa.

—Dime que la ves.

—¿Que veo a quién?

—A la gitana —señalé y él siguió la dirección de mi dedo.

—No me jodas que es esa...

Puso la cara de no poder creérselo y ni yo misma lo hacía, pero es que era igual, juraría que la misma. En una esquina, intentando leer la mano de la gente que pasaba a su lado.

—Tal vez es el destino —dije entre risas.

—¿El destino?

—O un ángel, como en las películas. Un ángel que tenía que juntarnos.

—Si es así... —me miró y cogió mi cara entre las manos— No pienso reprocharle nada al destino.

Lo miré con la emoción en mis ojos.

—Te quiero, Daniel —suspiré antes de besarlo.

Y ahí, besando a mi marido, sentí que el destino era el culpable de todo eso. Él era mi camino y por más que yo luchara contra eso, no tenía más opción que estar con quien era el amor de mi vida. El hombre que estaba predestinado para mí.

Para siempre...